



HARLEQUIN

Bianca



Catherine Spencer
UN REGALO INESPERADO

El día de su boda con Julia debería haber sido el más feliz en la vida de Ben Carreras. Y lo fue, hasta que una antigua novia apareció en el banquete diciendo que el niño que llevaba en los brazos era hijo suyo y amenazándolo con darlo en adopción si no aceptaba su custodia.

Ben no podía negar que el niño era suyo y tampoco podía negarse a cuidar del pequeño. Pero, ¿cómo iba a decirle a su reciente esposa que, a partir de entonces, eran tres en la familia? Solo podía esperar que su amor fuera lo suficientemente fuerte como para soportar ese inesperado regalo de bodas...

Prólogo

EL MÓVIL empezó a sonar cuando acababa de afeitarse. Ben se lo colocó entre la barbilla y el hombro y se dirigió al dormitorio.

—¿Sí? —contestó, mientras se ponía el reloj.

—Ben, soy Marian.

—¡Marian! Estaba a punto de ir a buscarte al aeropuerto.

—No hace falta que vayas —suspiró ella.

—¿Qué ocurre, Marian? ¿Estás bien?

Al otro lado del hilo hubo una pausa llena de tensión.

—No voy a ir a Vancouver, Ben.

El alivio que provocaron aquellas palabras hizo que Ben se sintiera culpable. Cuando Marian le había dicho que iba a pasar el día de Año Nuevo con él no había sabido cómo decirle que no. Lo cierto era que su relación no iba a ninguna parte y no sabía cómo darla por terminada.

—Vaya, lo siento. ¿Ha ocurrido algo?

—En cierto modo —dijo ella, antes de hacer otra pausa—. No puedo volver a verte, Ben. Nunca.

Ben sintió que alguien acababa de quitarle un enorme peso de la espalda.

—¿Algo que he hecho o he dejado de hacer?

El suspiro de ella se filtró a través del hilo telefónico.

—No. Es que... la verdad es que no he sido sincera contigo. Estoy casada, Ben.

—Una decisión muy repentina, ¿no?

—No. Wayne y yo llevamos juntos tres años.

Ben agarró su copa, con el ceño fruncido.

—Querrás decir que lo conoces hace tres años.

—No. Quiero decir que hace tres años que estamos casados.

—¿Estás diciéndome que mientras tú y yo nos veíamos tenías un marido escondido en el armario?

—Sí.

Ben tomó un trago de whisky, pero la bebida le sabía amarga.

—¿Y por qué has tardado tanto en decírmelo, Marian?

—Lo siento. Sé que debería habértelo contado.

Ben escuchó el tono de niña traviesa en su voz, el que solía utilizar para salir de los apuros.

—Desde luego que sí. Si hay un tipo por ahí apuntándome con una pistola por haber estado con su mujer, yo tenía derecho a saberlo.

—No es así, Ben. Cuando te conocí hace unos meses, mi marido y yo estábamos separados —protestó ella—. Pero Wayne ha cambiado y hemos decidido volver a intentarlo. Lo siento, pero las cosas son así. Lo nuestro se ha terminado —anunció. «La pena es que hubiéramos empezado», pensaba Ben—. Siento mucho hacerte daño.

—No te preocupes. Sobreviviré —dijo él—. Que te vaya bien, Marian.

—Gracias. Adiós, Ben. Y feliz Año Nuevo

Capítulo 1

LOS NOVIOS estaban cortando la tarta alegremente mientras los camareros se mo—Habían entre las mesas sirviendo champán o, para aquellos cansados del *Perrier Jouet*, copas de vino de doscientos dólares. Al otro lado del salón, una orquesta de diez profesores reemplazaba al cuarteto de cuerda que había amenizado la cena.

Si hubiera podido elegir, Ben habría organizado una boda menos aparatosa.

De hecho, lo único que necesitaba para que fuera perfecta era a Julia. Pero nadie le había preguntado. Su suegra se había encargado de todo, consultándole solo cuando era absolutamente necesario e incluso entonces sin poder evitar una sonrisa irónica en sus patricias facciones ante la idea de que «él» fuera a formar parte de la familia.

—Ese hombre se dedica a hacer cocinas y baños, por favor —la había oído decir a una de sus amigas del club de golf—. Puede que sea el presidente de su empresa y que haya miles de personas esperando que les diseñe la cocina, pero a mí me parece que hacer armarios no es pasaporte para entrar en sociedad.

—Pues yo daría lo que fuera para que diseñase mi cocina —había dicho su amiga—. Se la hizo a Marjorie Ames y el precio de su casa ha subido hasta un millón de dólares.

Stephanie Montgomery no parecía impresionada en absoluto.

—Para mí, sigue siendo un carpintero.

Pero a Ben no le importaba lo que su suegra pensara. Él tenía a Julia, su amor, su vida y, en aquel momento por fin, su mujer.

Ella tenía la mano izquierda sobre la mesa, a su lado, suave y delicada, con la alianza de matrimonio colocada al lado del anillo de compromiso. Que lo hubiera elegido a él entre todos los hombres que habría podido elegir, hacía que se le cerrara la garganta de emoción. Ben no había sabido hasta entonces que era posible amar de esa forma.

Cuando la miró, era como si deseara capturar para siempre su rostro el día de su boda. Había sabido que sería una novia bellísima porque era una mujer bella en todos los sentidos. A pesar de eso, su cabello oscuro sujeto

por la diadema de brillantes y su perfil iluminado por la luz del atardecer lo dejaron sin aliento.

Parecía un ángel, tan delicada y encantadora que no podía encontrar palabras para decirle cuánto la amaba, lo bendecido que se sentía de haber sido el elegido de su corazón.

Jim, su padrino, lo golpeó suavemente en el hombro.

—¡Oye, que se te está cayendo la baba!

—Está permitido —sonrió Ben—. ¡Es mi mujer!

Desde el estrado en el que estaba la orquesta, el maestro de ceremonias, un viejo amigo de la familia, indicó a través del micrófono que los novios debían empezar el baile y Ben, orgulloso, se levantó y retiró la silla de Julia.

Colocándose la cola del vestido sobre el brazo, ella aceptó su mano y lo siguió hasta la pista. Ben pensó que debería decir algo profundo, algo que recordaran durante toda su vida. Pero las únicas palabras que se le ocurrían eran las típicas: «¿Quiere bailar conmigo, señora Carreras?» Y ella se merecía algo más, se merecía lo mejor que la vida podía ofrecer. De modo que tuvo que contentarse con tomarla de la cintura y apretarla contra su pecho.

Su ancha falda de seda escondía que se apretaban el uno contra el otro y, afortunadamente, la reacción masculina ante la proximidad de su esposa. Ben podía imaginarse la expresión de su madre si se diera cuenta, diciendo horrorizada: «¡Está excitado, Garry! Ni siquiera ha podido esperar hasta que terminara el banquete antes de dejarse llevar por su deseo animal. ¡Ese perverso nos está humillando públicamente y avergonzando a nuestra hija en el día más importante de su vida!»

Pero Julia no estaba avergonzada. Quizá se había puesto un poco colorada al darse cuenta del efecto que ejercía en él, pero eso no la impedía apretarse contra su pecho y bajar las pestañas en un gesto que era una promesa de lo que los esperaba por la noche.

—¿Te acuerdas de esta canción? —le susurró Julia al oído.

—Sí —contestó él, sobre su boca—. Nuestra canción.

—Mi madre hubiera preferido un vals, pero yo quería que nuestro primer baile fuera esta canción. Te quiero tanto, Ben.

Ben sintió que la emoción lo embargaba. Se habían conocido durante el intermedio de la obra *Camelot*, en el mes de febrero, y Ben se había

dado cuenta inmediatamente de que Julia era la mujer de su vida. Una idea loca dado que no era un hombre impulsivo y que lo único que sabía de ella era su nombre, que tenía unos preciosos ojos castaños y que, con tacones, debía medir un metro setenta y cinco.

Ben la había invitado a comer al día siguiente. Que fuera igual de guapa a la luz del día fue algo secundario. Lo que lo enamoró perdidamente de ella fueron su calidez, su inteligencia y su preocupación por los demás. A partir de ese momento, había hecho todo lo posible para hacerla su esposa, a pesar de las reticencias de su familia.

—Yo también te quiero —murmuró entonces Ben, sabiendo que aquellas palabras no expresaban la profundidad de sus sentimientos—. Nunca ha habido nadie como tú en mi vida, Julia. Quiero darte el mundo entero.

—Yo no necesito el mundo entero. Solo te necesito a ti —susurró ella, acariciando su cuello.

El impacto del roce lo afectó hasta las plantas de los pies, con particular potencia en sus partes más sensibles.

—¿Cuándo podemos escaparnos de aquí?

—Todavía tienes que bailar con mi madre y con las damas de honor. Además, tengo que tirar el ramo —contestó Julia primorosamente.

Pero su forma de apretarse contra él contaba otra historia, incitándole a abandonar todo protocolo. ¿Bailar con el dragón de su madre cuando podía estar haciéndole el amor a su mujer? ¡Ni muerto!

—Sigue apretándote contra mí y haré el ridículo delante de todo el mundo —la amenazó él—. No sabes cómo deseo tenerte para mí solo, Julia. No sabes cuántas veces he soñado tenerte en mis brazos durante toda la noche.

Sus preciosos ojos, tan brillantes y oscuros, se nublaron.

—¿Y si te decepciono?

—Eso es imposible —sonrió Ben, besándola en la frente—. Todo en ti me parece delicioso.

—Pero yo nunca... nunca...

—Lo sé. Pero no ha sido porque yo no lo deseara. Solo quería que todo fuera perfecto. Y si eso te parece una locura...

—No me lo parece —dijo Julia, besándolo en los labios—. Es perfecto. Igual que tú.

Los flashes de los fotógrafos los cegaron entonces y Ben tuvo que parpadear para ver la cara de su novia.

—No soy perfecto, mi amor —dijo él, cuando la orquesta tocaba los últimos compases de la canción—. He cometido muchos errores.

—Yo encontraré la manera de hacerte pagar por ellos —rió Julia entonces, apartándose—. Y lo primero que tienes que hacer es bailar con mi madre.

Su marido la soltó, con desgana.

—¿Y no puede ser con tu abuela? Felicity es más divertida.

—¡Compórtate! —rió ella, poniéndole un dedo sobre los labios—. Y no provoques a mi abuelita. ¿La has visto coqueteando con todo el mundo?

—Yo solo tengo ojos para ti —contestó Ben, encantado y un poco alarmado por la forma que Julia tenía de referirse a Felicity.

A pesar de su sofisticación y su éxito profesional, seguía siendo una niña y, a veces, se preguntaba si no sería demasiado joven para él.

—Eso espero, querido mío, porque si no te los arrancaré.

Aquello era lo que Ben siempre había imaginado que sería el matrimonio: bromas privadas, intercambio de miradas, la silenciosa comunicación de los cuerpos.

—Lo recordaré —susurró, mientras entregaba la novia a su padre y se disponía a bailar con Stephanie, que lo miraba con la nariz levantada, como si él fuera uno de los empleados de su establo.

Negándose a que le estropeara el día más feliz de su vida, Ben hizo una pequeña reverencia ante la orgullosa mujer.

—¿Puedo tener el honor de bailar contigo, Stephanie?

—Encantada —murmuró la mujer.

Pero no parecía encantada, sino resignada. Y tan ofendida como si hubiera descubierto que se había manchado los zapatos de estiércol.

Sin dignarse a tomar su mano, Stephanie se adelantó hacia la pista de baile y Ben, exasperado, la siguió.

—Quiero darte las gracias por todo lo que has hecho para que la boda fuera memorable —dijo entonces Ben, tomándola por la cintura.

—No hace falta. Es lo menos que podíamos hacer por nuestra hija. Al fin y al cabo, Julia es hija única.

—Claro —murmuró él, aclarándose la garganta—. Te doy mi palabra de que la haré muy feliz. Nunca tendrá razones para lamentar haberse casado conmigo.

—Las acciones hablan más que las palabras, Benjamin. Veremos a ver qué ocurre dentro de un año.

Ben miró a Julia, que bailaba con su padre. La mirada de cariño que recibió fue suficiente para enterrar sus deseos de ahogar a su madre y buscar una especie de tregua.

—La casa estará terminada cuando volvamos de nuestra luna de miel. Espero que Garry y tú vengáis a visitarnos a menudo.

—No lo creo —replicó la mujer—. Si querías que Julia no perdiera el contacto con su familia no deberías haber elegido vivir tan lejos. Pero nuestra casa es su casa y las puertas siempre estarán abiertas para ella.

Apretando los dientes, Ben la hizo girar sobre sí misma con suficiente fuerza como para hacerla caer de sus tacones. Afortunadamente, no ocurrió.

Pero el castigo llegó enseguida.

—¿Quién es esa mujer y qué está haciendo aquí? —exclamó entonces la madre de Julia, levantando las cejas—. ¿Es una de tus invitadas?

—No sé a quién... —empezó a decir Ben, volviendo la cabeza.

Pero las palabras se le atragantaron en la garganta al ver a la mujer de cabello dorado que estaba buscando con los ojos entre la multitud. No llevaba un traje de fiesta y por eso la madre de Stephanie la había detectado enseguida con su radar.

Ben cerró los ojos durante un segundo, como si eso fuera a hacerla desaparecer. Aquel era el día de su boda; un día que le pertenecía a Julia, a él y a su futuro juntos. Su pasado no podía entrometerse como una pesadilla. «Ella» no podía estar allí.

Aterrorizado, soltó a Stephanie de golpe, dejándola completamente indignada.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó ella, con tono agrio.

En ese momento, Ben tenía otras preocupaciones en mente. La primera, llevarse de allí a aquella mujer antes de que Julia la viera.

—¿Qué estás haciendo aquí, Marian? —dijo, tomándola del brazo para llevarla al saloncito anexo en el que estaban sus maletas, sus pasaportes y el vestido malva que Julia se pondría antes de tomar el avión.

—Tenía que verte —contestó Marian—. Tenemos que hablar.

—Después de nuestra última conversación, no creo que tengamos nada que hablar.

—Cambiarás de opinión cuando oigas lo que tengo que decirte.

—Marian, acabo de casarme —dijo Ben, cerrando la puerta—. ¿Has perdido la cabeza?

—Lo siento —murmuró ella, con lágrimas en los ojos—. Fui a tu casa y los obreros me dijeron que estabas de boda. Pero no sabía que era la tuya.

Marian se dejó caer sobre un sofá y sacó un pañuelo del enorme bolso que llevaba colgado al hombro. Ben hubiera deseado que se fuera, pero sentía pena por aquella mujer llorosa y, suspirando, se sentó a su lado.

—¿Qué ocurre, Marian? ¿No ha funcionado la reconciliación con tu marido?

—A medias. Pero no durará a menos que me ayudes.

—¿Es el día de mi boda, Marian! Probablemente, mi mujer estará buscándome ahora mismo y en cuanto a mi suegra...

—Si crees que tienes problemas, espera a oír lo que tengo que decir —dijo la mujer, entre lágrimas—. Y deja de mirarme con esa cara, Ben Carreras. Tuvimos una relación y, al menos, me debes...

—Yo no te debo nada, Marian —la interrumpió él—. Nuestra relación se terminó, si alguna vez pudo llamarse relación.

—Pero no pensabas así cuando te acostabas conmigo, ¿verdad?

—¿Has venido a chantajearme? —preguntó Ben con voz tensa.

—No. No habría venido si hubiera otra forma de solucionar esto. Pero no estoy hablando solo de mi futuro, o del tuyo. Estoy hablando del futuro del niño.

A sus treinta y dos años, Ben sabía que la felicidad tenía un precio. Durante los últimos cinco meses se había maravillado cada mañana porque la vida era cada día más hermosa, pero con las palabras de Marian como una espada de Damocles sobre su cabeza, acababa de descubrir que había sido un ingenuo.

—¿Qué niño? —preguntó, sabiendo cuál sería la respuesta.

—Tu hijo.

Tenía que ser un truco, otra de las mentiras de Marian. Después de todo, había tenido escondido a su marido durante dos meses mientras estaban saliendo.

Entonces, ¿por qué sentía aquel sudor frío? ¿Por qué tenía la impresión de que aquella vez estaba diciendo la verdad?

—Si hubieras quedado embarazada cuando estabas conmigo, me lo habrías dicho.

—No estaba segura de que fuera tuyo —murmuró ella, secándose las lágrimas—. Podría haber sido de mi marido. Yo esperaba que lo fuera.

—No entiendo cómo puedes tener dudas. A menos que estuvieras acostándote con los dos al mismo tiempo —dijo Ben. El rubor que coloreó la cara de la mujer y su expresión culpable le demostraron que no se había equivocado—. ¡Dime que no es verdad, Marian!

—Lo siento —murmuró ella, apartando la mirada.

—¿Sientes haberme engañado a mí o a tu marido? ¿Sientes haberme mentado desde el primer día? ¿Sientes haberme dicho que estabas tomando la píldora, cuando claramente no era así? —demandó él, con voz tensa, cortante—. Dime que esto es una broma.

—Ojalá lo fuera. Yo esperaba que el niño fuera de mi marido, pero es tuyo. Hemos hecho las pruebas de paternidad y no es hijo de Wayne.

Enfermo de angustia, Ben enterró la cabeza entre las manos.

—Asumiendo que esto no sea otra de tus mentiras, ¿qué es lo que quieres de mí, Marian? ¿Dinero?

—No —contestó ella—. Quiero que te quedes con el niño.

Ben levantó entonces la cabeza, perplejo.

—¿Qué?

—Yo no puedo quedarme con él. Wayne está dispuesto a perdonarme por haber tenido una aventura contigo, pero se niega a criar un hijo que no es suyo. Si quiero que mi matrimonio funcione, tengo que abandonar a mi hijo. Por eso estoy aquí —dijo la mujer, haciendo un esfuerzo para que no le temblara la voz—. Pero si tú tampoco quieres quedarte con el niño, lo daré en adopción. No puedo hacer otra cosa si quiero seguir con Wayne. Y eso es lo que quiero, Ben.

—¿Cómo puedes querer a un hombre que te obliga a desprenderte de tu hijo?

—Yo no soy una persona fuerte. Necesito apoyarme en alguien —contestó Marian, dejando el bolso que llevaba a sus pies—. No podría cuidar sola de un niño.

Ben miró el bolso y después la miró a ella.

—¿Qué es eso?

—Lo que vas a necesitar. Pañales, biberones... ¿No pensarás que está el niño dentro?

—Después de lo que has hecho, no me extrañaría.

—No soy una persona sin sentimientos —intentó excusarse ella—. También es mi hijo. Yo lo he parido y tengo que hacer lo que es mejor para él. Tengo que ponerlo a salvo —añadió, con desesperación—. ¿Cuál es tu decisión? ¿Estás dispuesto a criar a tu hijo o llamo a los servicios sociales para darlo en adopción?

Capítulo 2

ANTES DE que Ben pudiera ordenar sus pensamientos, la puerta se abrió.

—Cariño, ¿pasa algo? —escuchó la voz de Julia, como si llegara desde muy lejos.

Y después, una voz llena de suspicacia y censura, la voz de la madre de Julia, como una bofetada.

—Me parece que nos debes una explicación, Benjamin. ¿Quién es esta mujer y qué es tan urgente como para que desaparezcas de tu propio banquete de boda?

En silencio, Ben levantó la cara para mirar a Julia.

Quería decirle con los ojos que habría dado lo que fuera para no herirla y humillarla como estaba a punto de hacer. Pero la silenciosa comunicación que habían tenido en la pista de baile lo abandonó en aquel momento, cuando más la necesitaba.

—Estamos esperando, Benjamin —le recordó su suegra.

—Vete, Stephanie. Esto no es asunto tuyo.

—Si afecta a mi hija, me afecta a mí.

Ben sentía frío en aquel momento. Sentía frío, miedo y furia. En cinco minutos, todo había cambiado para él. La felicidad que creía iba a llenar su vida a partir de entonces se le escurría entre las manos y no podía hacer nada para impedirlo.

—Julia, lo que tengo que decirte nos afecta solo a ti y a mí y no quiero que tu madre esté presente —dijo entonces, con voz ronca—. O se va de aquí o no seré responsable de mis actos.

—Madre, déjanos solos por favor —dijo Julia.

—¿Con esa mujer? —replicó su madre, señalando a Marian—. Si ella se queda, yo también.

La furia de Ben lo quemaba por dentro de tal forma que lo veía todo rojo.

Nunca había sido un hombre violento, pero en aquel instante habría hecho cualquier cosa por proteger lo que más amaba en el mundo.

Y amaba a Julia más que a su propia vida.

Afortunadamente, en ese momento apareció Felicity, quizá la única persona en el mundo capaz de decirle a Stephanie lo que tenía que hacer.

—En el vestíbulo hay un hombre con un niño —dijo la anciana—. Dice que su mujer está aquí y quiere saber si ha hecho lo que tenía que hacer.

—Me parece que a todos nos gustaría saberlo —dijo Stephanie—. ¿Por qué no le dices que entre, Felicity?

Pero Felicity Montgomery sabía mucho a sus ochenta años y no hacía falta que nadie le dijera lo que estaba pasando.

—No creo que sea buena idea. Ben, ¿puedo hacer algo por ti?

—Sí —contestó él—. ¡Llévate de aquí a la madre de Julia o no respondo!

—Hecho —replicó la anciana con serenidad, tomando a su nuera del brazo—. Vamos, Stephanie.

El silencio que dejaron atrás fue casi peor que el tono beligerante de la madre de Julia.

Se extendía por la habitación como el gas venenoso, paralizando a los tres.

A Ben le parecía que el espacio que lo separaba de Julia era demasiado grande como para volver encontrar el camino hacia ella.

—¿Quieres que espere fuera, Ben? —preguntó Marian. Él asintió, demasiado dolorido como para confiar en su voz—. Siento mucho haber estropeado tu boda —le dijo antes de salir—. Espero que me creas si te digo que esa no era mi intención.

—¡Vete, Marian! —exclamó Ben.

Julia permanecía inmóvil, sin dejar de mirarlo.

—Siéntate, Julia. Por favor.

—No —dijo ella—. Quiero que me digas quién es esa mujer y por qué ha pedido perdón por estropear el día de nuestra boda.

Transcurrieron unos segundos en los que Ben intentaba encontrar la forma de suavizar el golpe, pero por muchas vueltas que le diera, no había otra salida que la verdad.

—Esa mujer dice que ha tenido un hijo mío, Marian.

La habitación parecía dar vueltas a su alrededor y Julia pensó que iba a desmayarse. «Estoy soñando», se decía. «Esto no puede estar ocurriendo».

Mareada, se apoyó en la puerta, pensando que pronto descubriría que todo aquello era una pesadilla. Pero no lo era.

—¿Y es verdad? —preguntó, cuando encontró fuerzas para hacerlo.

—Podría serlo.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Acabo de enterarme.

—Ya entiendo.

Pero no lo entendía. No lo entendía en absoluto. Apretando los labios, se volvió hacia él, sabiendo que estaba observándola, esperando que dijera algo.

Pero Julia no podía decir nada. Se había quedado vacía. La pena era que su corazón parecía lo único que seguía funcionando en su organismo y el dolor que sentía en el pecho casi la impedía respirar.

—Julia, di algo, por favor —la rogó él—. ¡Insúltame, dime lo que quieras, grítame, pero por favor no te quedes ahí callada! Tú sabes que esto me está matando.

—¿Cómo se llama?

—¿Y eso qué más da? —dijo él, exasperado.

—Quiero saberlo.

—Marian Dawes —contestó por fin con gesto de desagrado.

Pero Ben no siempre habría sentido eso por aquella mujer. No siempre habría pronunciado su nombre con aquel asco. Cuando le hacía el amor, debía haber murmurado palabras de amor, palabras que había pensado que reservaba solo para ella.

Con un gemido, Julia se dejó caer al suelo, sin fuerzas. Ben la tomó por la cintura un segundo después y ella observó sus manos fuertes y capaces. Unas manos que habrían tocado a aquella mujer en sitios en los que nunca la había tocado a ella.

—Julia, cariño...

—¡No! —gimió ella, intentando apartarse.

El traje de novia le parecía ridículo en aquel momento. La situación le parecía ridícula.

—Julia, te quiero con toda mi alma. Por favor créeme.

—¿También querías a Marian Dawes?

Él negó con la cabeza y Julia creyó ver que le temblaban los labios.

—Nunca he querido a nadie más que a ti.

—Pero has tenido un hijo con ella —dijo Julia. Imágenes de los dos desnudos pasaron por su cabeza. Aunque no la amase, habían tenido que... ¿Lo habrían hecho en su cama o en un hotel barato...?—. ¡Suéltame! ¡No quiero que me toques después de haberla tocado a ella!

Ben se pasó una mano por la cara y Julia tuvo que apartar la mirada porque la expresión del hombre era demasiado conmovedora.

—¿Qué quieres que diga? Soy un hombre, no un dios. He cometido un error, de acuerdo. Pero eso no cambia el hecho de que, aparentemente, tengo un hijo —suspiró—. Y hay algo más. Su madre no lo quiere.

—¿Qué estás intentando decirme, Ben?

—Que Marian quiere que me quede con el niño. Y si me niego, lo dará en adopción.

—No te creo. ¿Qué mujer haría eso?

—La clase de mujer cuyo marido se niega a aceptar el hijo de un hombre con el que su esposa mantuvo una aventura.

¿Una aventura con una mujer casada? ¿El horror no iba a terminar nunca? Julia tuvo que cubrirse la boca para no ponerse a gritar.

—¿Y qué le has dicho a ese ejemplo de virtud femenina? —preguntó, usando el sarcasmo como un parapeto; no quería que él viera que estaba devastada.

—Tu madre y tú aparecisteis antes de que pudiera darle una respuesta.

—¿Y qué habrías dicho si no hubieras sido tan «inconvenientemente» interrumpido?

—Tú sabes lo que habría dicho, Julia. Por supuesto, tendré que quedarme con el niño.

Aquel fue el golpe de gracia.

A menos de cinco metros, cientos de invitados esperaban a los novios para dar por finalizado el banquete y todos pensaban verla radiante, lanzando el ramo a las chicas más jóvenes y mirando a su flamante marido con la expresión de amor eterno de todas las novias.

Sin embargo, su marido acababa de destrozar sus sueños, dejándola con dos alternativas: aceptar que él tenía un hijo y criarlo juntos o dejarlo y presentar una demanda de divorcio.

Ni siquiera un divorcio. Aquel matrimonio no había sido consumado, de modo que podría anularlo antes de que hubiera empezado.

—¿Se te ha ocurrido pensar lo que esto significa para nosotros? ¿Cómo va a afectar a nuestro matrimonio?

—Eso es en lo único que pienso, Julia.

—Lo que veo es que tú has decidido asumir responsabilidades sin estar seguro de que ese niño es tuyo. Has conseguido convertir esta boda en una pantomima. Me has traicionado y has traicionado todos nuestros planes, pero en ningún momento se te ha ocurrido pedir mi opinión. La palabra «nosotros» no ha salido ni una sola vez en esta conversación.

—Muy bien, ¿qué quieres que haga? —preguntó él, con un brillo helado en sus ojos azules—. ¿Qué le diga a Marian que no tengo nada que ver con ese niño?

—¿Lo harías si yo te lo pidiera?

—No —contestó él—. Yo no soy así, Julia. Yo no escondo la cabeza cuando hay problemas, ni le doy la espalda a un niño que puede ser mi hijo. Creí que me conocías.

—Y yo también —murmuró ella—. Pero veo que me he equivocado. No pensé que fueras el tipo de hombre que tiene una aventura con una mujer casada.

—Yo no sabía que estaba casada.

—Pero te acostaste con ella. Tuviste un hijo con ella.

Ben se pasó la mano por el pelo.

—Sí. A veces, los hombres solo pensamos de cintura para abajo, especialmente cuando una mujer te echa los brazos al cuello.

En ese momento, las lágrimas que Julia había estado intentando controlar empezaron a correr por sus mejillas.

—Yo también te eché los brazos al cuello —dijo, entre sollozos—. Prácticamente te rogué que me hicieras el amor. Hice todo lo que pude para que... pero tú conseguiste separar tu cabeza y tu... «otra cosa.» ¿Cómo conseguiste no pensar de cintura para abajo cuando yo te rogaba que me hicieras el amor?

—Porque te quiero, Julia. Te quiero lo suficiente como para dejarte ir si lo que acabas de saber te ha dejado tan desilusionada conmigo como para no darle una oportunidad a nuestro matrimonio.

—¡Pero no me quieres lo suficiente como para elegirme a mí, en lugar de elegir al hijo de otra mujer! —exclamó.

Se odiaba a sí misma por su egoísmo, por castigar a un niño inocente, pero sus sueños acababan de romperse unas horas después de su boda y el dolor era demasiado profundo.

—¿Seguirías queriéndome si lo hiciera, Julia?

—No lo sé —contestó ella—. Me parece que no te conozco. Tú no eres el hombre del que me enamoré.

—Lo soy, Julia. Pero no soy perfecto. Y si pensabas que estar casada conmigo iba a ser un camino de rosas...

—¡No pensaba eso! —exclamó ella, furiosa—. Pero tampoco sabía que nuestro matrimonio estaría en peligro dos horas después de la boda. Cuando prometí amarte en las alegrías y en las penas no pensé que...

Los sollozos la impidieron terminar la frase.

—Yo tampoco —dijo él en voz baja—. Y admito que lo que te estoy pidiendo es injusto. De modo que eres tú quien tiene que elegir. ¿Quieres que salga y le diga a los invitados que se vayan a casa o vas a quedarte a mi lado para demostrar a todo el mundo que nos queremos lo suficiente como para soportar cualquier obstáculo que se ponga en nuestro camino?

Ben sabía que su orgullo la impediría admitir ante sus padres que habían tenido razón cuando le decían que casarse con un hombre al que había conocido solo seis meses atrás era una locura.

Pero, ¿sería su orgullo suficiente como para mantener aquel matrimonio? Estaba seguro de que Julia nunca podría volver a confiar en él.

En ese momento, se abrió la puerta y un hombre entró en el saloncito.

—¡Ya he esperado suficiente, Carreras! —exclamó. Ben supo enseguida que era el marido de Marian—. Decídase. ¿Se queda con el niño o no?

Marian, pálida, apareció tras él con un bulto en los brazos. Incluso Julia, destrozada como estaba, no podía evitar sentir compasión por aquella mujer. Tener que elegir entre su hijo y aquel hombre... ¿cómo podía él pedirle esa barbaridad?

—Me lo quedaré —contestó Ben por fin.

Suspirando, Marian se acercó para entregarle al pequeño.

Torpemente, Ben apartó la mantita que cubría su cara y miró al niño. En ese preciso momento, Julia se dio cuenta de que, aunque ella hubiera sido su primer amor, había dejado de ser el único. Había reconocimiento en la expresión de Ben, y la primitiva determinación de proteger a un niño que solo podría tener un padre.

Todo lo que Julia había esperado ver en su cara cuando su marido y ella tuvieran su primer hijo.

En ese momento, alguien le puso la mano sobre el hombro y cuando se volvió, se encontró con la expresión amable de su abuela.

La compasión que vio en sus ojos hizo que Julia se pusiera a llorar.

—Dime qué debo hacer, abuelita, por favor.

—No soy yo quien debe decírtelo, cariño. Tienes que enfrentarte con esta decisión tú sola. Pero, decidas lo que decidas, Ben es tu marido. No lo olvides.

—Pero esto no es justo —sollozó ella.

—Ya sé que no.

—Me duele tanto... ¿Cómo ha podido romperme el corazón así?

—Su corazón también se está rompiendo, cariño.

Julia se volvió y su mirada se encontró con la de Ben. El dramático ruego que había en los ojos del hombre habría derretido una piedra.

Julia ni siquiera vio a Marian y su marido saliendo del salón.

Ni escuchó la música que la orquesta empezó a tocar, señalando la salida de los novios. Solo podía mirar al hombre con el que acababa de casarse.

Era como si esperase un milagro, como si esperase que todo aquello fuera un mal sueño.

Pero cuando por fin se acercó a Ben y miró al niño que él sostenía torpemente en los brazos, su corazón dio un vuelco.

Cualquier esperanza que hubiera podido tener de que no fuera hijo de Ben desapareció al mirar aquella carita que era una copia en miniatura de la cara de su marido.

Con las rodillas temblorosas miró el cabello oscuro y los brillantes ojos azules y tuvo que aceptar lo inevitable. Solo Ben Carreras podría ser el padre de aquel niño.

—Tu padre está perdiendo la paciencia, hija —escuchó la voz de su madre desde la puerta—. Como madre de la novia, tengo derecho a saber qué está pasando.

Julia levantó los ojos y se encontró con la angustiada mirada de su marido.

—Tienes razón —murmuró—. Abuelita, ¿quieres quedarte con... quieres quedarte aquí hasta que volvamos?

—Claro. Ben, dame el niño.

—¿Qué niño? —la voz de su madre se había convertido en un graznido.

—El hijo de Ben —contestó Julia, dirigiéndose a la puerta con toda la dignidad de la que era capaz.

Cómo habían conseguido salir de la recepción, era un milagro para Ben.

Cualquier idiota se habría dado cuenta de que entre el primer baile y su salida del banquete bajo una lluvia de confeti, algo terrible le había ocurrido a la feliz pareja.

La novia se negaba a mirar al novio y tiró el ramo como si tirase una granada a las líneas enemigas.

La sonrisa de su madre parecía la de una muerta y la expresión en el rostro de su padre habría sido capaz de parar el tráfico. Pero si alguno de los elegantes y refinados invitados se había dado cuenta de algo, ninguno tuvo valor para decirlo.

Por supuesto, la luna de miel no tendría lugar. En lugar de cambiarse de ropa, Julia y él subieron a la limusina y le indicaron al conductor que diera la vuelta al club de campo para llegar a la puerta trasera, donde los esperaba Felicity con el niño.

El intercambio tuvo lugar de forma furtiva y poco digna, pero, afortunadamente, las ventanas oscuras de la limusina no permitían ver lo que ocurría en el interior mientras se dirigían por la autopista hasta White Rock.

Frecuentemente, Ben empezaba una frase. Pero una mirada al perfil de Julia y las palabras se quedaban en su garganta.

Ella parecía de piedra, ciega y sorda a todo, especialmente al hombre y el niño que iban sentados a su lado.

Cuando quedaban unos minutos para llegar a su destino, Ben decidió hacer un último intento.

—Te quiero, Julia. Te necesito. Por favor, recuerda eso. Si crees en mí y en mi amor, podremos soportarlo todo.

—El niño está llorando —observó ella.

Ben miró la mantita que llevaba en los brazos. Desde dentro llegaba un sonido que parecía más el de un gatito que el de un ser humano. ¿Qué debía hacer?, se preguntaba. No sabía nada sobre niños.

Lo único que se le ocurrió fue mecerlo torpemente en sus brazos.

—Se le pasará. Llegaremos a casa en cinco minutos —fue todo lo que supo decir.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado, como diciendo: «Tú mismo. Al fin y al cabo es tu hijo» y siguió mirando hacia adelante.

Cuando la limusina aparcaba frente a su casa, las quejas del niño se habían convertido en un llanto ensordecedor. Mientras el conductor sacaba las maletas, Julia salió muy digna del coche y Ben la siguió con el niño en brazos.

—¿Qué hago para que deje de llorar?

—A mí no me preguntes —contestó Julia—. Yo nunca he tenido un hijo. Pero me imagino que algo de lo que hay dentro del bolso de tu «amiguita» te dará la respuesta.

—No es mi amiguita, Julia.

—Perdón, tu ex amante —corrigió ella, quitándose el velo frente a uno de los espejos—. Ha sido un día muy largo y estoy agotada. Dormiré en una de las habitaciones de invitados.

—¡Julia...! —la llamó él.

Pero Julia no parecía interesada en seguir hablando.

Y Ben no podía culparla. Imaginaba lo que ella estaría sintiendo.

Y lo peor era que su prioridad en aquel momento no podía ser ir a consolarla.

Ben intentó que el niño dejara de llorar colocándose sobre el pecho, pero la cabecita se le caía hacia atrás.

De repente, sintió que la mano que tenía bajo su culito estaba húmeda y pringosa.

Algo olía muy mal.

—¡Maldita sea! —murmuró—. Espero que en ese bolso haya un libro de instrucciones, enano. Si no lo hay, lo vamos a pasar muy mal.

Capítulo 3

LA CASA TENÍA cinco habitaciones y Julia eligió la más alejada del dormitorio de matrimonio. Afortunadamente, las obras estaban casi terminadas y, aunque apenas había muebles, sería suficiente para pasar la noche.

Cualquier cosa era mejor que estar en la misma habitación con Ben y el niño.

No habría podido soportarlo. Antes, habría dormido en el garaje.

La habitación olía a pintura y no había cuadros, ni decoraciones, ni siquiera sábanas. Las ventanas no tenían cortinas y la única iluminación provenía de una lámpara de bronce en el techo.

Su reflejo en el espejo del armario empotrado la hacía parecer la novia de Frankenstein, con los ojos desorbitados y más pálida que su vestido.

Casi todo en la boda había sido blanco, las flores, la tarta, las limusinas. Incluso sus damas de honor iban vestidas de blanco. Había sido idea de su madre. «¿Por qué no?», había dicho cuando Julia había cuestionado su buen gusto.

—No es solo porque queda bien. Es una forma de proclamar tu inocencia. Tienes derecho a ir completamente de blanco a tu boda, al contrario que la mayoría de las novias. Puedes pensar que soy una antigua, pero en mi opinión, las mujeres que se han comportado como gatos callejeros antes de casarse, no deberían ir de blanco.

Ben había ido vestido de negro. Para estar a juego con su moralidad, pensó Julia.

Un sollozo la pilló por sorpresa y, furiosa, empezó a quitarse el vestido.

Cuando se arrancó el cuerpo bordado, escuchó cómo rodaban por el suelo las diminutas perlas. Le daba igual. El vestido y todo lo que representaba era una farsa.

—¿Julia? —escuchó la voz de Ben en la puerta—. ¿Puedo entrar?

—¡No!

—He traído una de tus maletas. Supongo que te hará falta.

—Déjala en la puerta.

Julia lo oyó suspirar, frustrado y molesto. ¡Cómo si hubiera sido ella la que lo había estropeado todo!

—Lo que tú quieras.

«Lo que tú quieras». Menuda broma. Si las cosas fueran como ella quisiera...

Pero era absurdo seguir pensando aquello. Nada volvería a ser lo mismo. Jamás.

¿Cómo podían hacer que su matrimonio funcionara si la confianza que había tenido en él había muerto? Su madre había tenido razón; no conocía a Ben en absoluto.

Seguía midiendo casi un metro noventa, sus ojos seguían siendo azules, su sonrisa tan atractiva como siempre.

Pero por dentro, donde importaba, era un extraño.

Julia había creído saberlo todo sobre él. Habían pasado horas, días, hablando de ellos mismos. Sabía que su piel bronceada y su estatura habían sido heredadas de su padre, de ancestros españoles, y que los ojos azules eran de la familia noruega de su madre.

Sabía que había nacido en un tren en medio de una tormenta de nieve en Canadá, que sus padres habían salido de Tejas para empezar una nueva vida trabajando en una granja en Saskatchewan que su tío les había dejado en herencia.

—El problema era que mis padres no tenían ni idea de cómo llevar una granja —le había dicho él. Tumbado en el suelo de su apartamento, con la cabeza de ella apoyada sobre su pecho—. Creían que iban a encontrar una preciosa casita de madera frente a un hermoso lago y lo que encontraron fue una casucha con un pozo que había dejado de funcionar años atrás. Tenían que sacar el agua de un riachuelo que estaba helado ocho meses al año y que en verano estaba cubierto de mosquitos.

—Pero fueron felices —había dicho ella a quien aquella historia le parecía increíblemente romántica.

—No lo creo. Tuvieron que aprender a acostumbrarse al frío helador del norte de Canadá y, sin saber llevar una granja, mis padres salieron adelante gracias a la caridad y la generosidad de los vecinos.

—Pero, al final, consiguieron que todo fuera bien, ¿no?

—Al final lo perdieron todo, incluyendo la vida. Yo tenía diez años entonces y hacía un frío espantoso. Para intentar mantener el calor, mi padre llenó la estufa de leña al máximo y lo único que consiguió el pobre fue que se quemara la casa. Los vecinos vinieron, como siempre, a ayudar, pero no pudieron hacer nada —siguió él, con la voz llena de emoción—. A mí me habían enviado a buscar leña y nunca olvidaré la imagen de aquella patética casucha envuelta en llamas... ni los gritos de mis padres, atrapados dentro.

Julia lo abrazó y Ben pudo sentir sus lágrimas humedeciendo su cara.

—¡Oh, Ben! ¡Cuánto lo siento!

Él sacudió la cabeza, recordando a sus pobres padres, que no habían vivido lo suficiente como para saber que se había convertido en un hombre de éxito.

—Los sueños de mi madre nunca pudieron realizarse porque mi padre era incapaz de ganarse la vida. Era un soñador, un poeta, incapaz de adaptarse a una vida de trabajo duro. Sin embargo, mi madre lo amaba y jamás lo habría abandonado.

—¿Y tú? Solo eras un niño. ¿Quién cuidó de ti?

—La misma gente que había cuidado de nosotros desde que llegamos a Canadá. Durante seis años, fui pasando de casa en casa, dependiendo de quién tenía una cama libre o quién podía alimentar otra boca.

—¿No tenías parientes?

—No.

—Pero no lo pasaste mal, ¿verdad? Quedarte con tus vecinos fue mejor que ir a vivir con extraños —dijo ella, intentando encontrar algo bueno en aquella terrible historia.

—Supongo. Pero la verdad es que nunca pude acostumbrarme a su forma de vida. Para mí, ellos eran como de otro planeta. Además, por mucho que lo intentara, aunque trabajase la tierra de sol a sol o consiguiera meter todos los goles en el equipo de hockey, para ellos siempre sería el hijo del loco de Carreras, demasiado ocupado escribiendo poesías en lugar de aprender a sobrevivir para darle de comer a su familia —le había explicado él—. Dejé el colegio cuando tenía dieciséis años, Julia. Un día me metí en un autobús con el poco dinero que tenía y me fui a Vancouver a buscarme la vida. Es verdad que soy el presidente de mi empresa, pero el primer buen coche que he tenido en mi vida lo compré hace un año. Entiendo que tus padres piensen que no soy suficiente para ti, pero te juro

que tendrás todo lo que quieras. Aunque tuviera que trabajar de sol a sol, siete días a la semana, te prometo que nunca te arrepentirás de haberte casado conmigo.

Había dicho aquellas palabras con tal sinceridad... pero las palabras no significaban nada cuando no eran respaldadas por acciones. Antes de que pudiera acostumbrarse a tener la alianza en el dedo, Ben había roto sus más sagradas promesas.

¿Cómo podía haberlo hecho si la amaba como decía?

Agotada y deshecha, pero demasiado angustiada como para dormir, Julia apagó la luz y abrió una de las ventanas. La noche era tan clara que podía ver el monte Baker, cubierto de nieve durante todo el año. Al sur, las aguas de la bahía Semiahmoo chocaban suavemente contra la playa.

El olor de las rosas llenaba el aire de la noche, iluminada por la luna.

Si sacaba el cuerpo por la ventana, casi podría ver las luces de los restaurantes del paseo marítimo. Allí había risas y música, el sonido de las copas y la luz de las velas iluminando los pequeños y alegres locales.

Era una noche para los amantes. Una noche para tumbarse desnuda al lado de su marido y descubrir lo que era la verdadera intimidad.

Pero Julia nunca se había sentido tan sola. Ben estaba a unos metros y, sin embargo, la distancia entre ellos parecía tan grande como si estuviera al otro lado del mundo.

En ese momento, un sonido agudo penetró el silencio de la noche.

Era el llanto de un niño; el hijo de Ben.

Julia no quería oírlo. No quería saber que estaba llorando.

Pero tampoco podía ignorarlo. Ella no sabía mucho sobre niños, pero sabía lo suficiente como para darse cuenta de que el pequeño echaba de menos a su madre y se le rompía el corazón.

Encendiendo de nuevo la luz, abrió la maleta y se puso un camisón blanco de encaje con una bata a juego que su madre le había regalado para el viaje de novios.

El pasillo estaba a oscuras cuando salió de su habitación, pero podía ver luz en el piso de abajo. Julia no sabía si podría hacer que el niño dejase de llorar, pero sí sabía que no podía seguir escuchando sus gritos sin hacer algo.

Estaba en medio de la escalera cuando Ben salió de la cocina.

Se había quitado la chaqueta del esmoquin y llevaba al niño en una mano, como si fuera una pelota de fútbol, sujetando su cabecita con los dedos.

Su corazón dio un vuelco cuando vio que Ben, angustiado, lo mecía con demasiada fuerza.

«Ten cuidado», le habría gustado gritar. «Deja de moverlo arriba y abajo o se va a poner malito. Ponlo sobre tu corazón para que pueda oír los latidos».

Quizá había hecho ruido porque Ben se volvió hacia la escalera.

Julia hubiera querido salir corriendo, pero la mirada del hombre se lo impidió.

Los segundos pasaban, marcados por el reloj de carillón que había en la pared.

—Me ha vomitado encima, pero parece que se está quedando dormido.

Ella asintió, incapaz de deshacer el nudo que tenía en la garganta.

Se daba cuenta de que la emoción que había cruzado el rostro de su marido la primera vez que había mirado al niño se había intensificado durante las últimas horas.

Ben estaba enamorado de su hijo y nunca volvería a ser solo suyo.

—¿Me estabas buscando, Julia?

—No —contestó ella.

—¿Querías algo? —preguntó, acercándose. El movimiento había despertado al niño, que empezó a quejarse, indignado—. Hay coñac en el bar, si necesitas algo que te ayude a dormir.

¡Un mar de alcohol no la habría ayudado a dormir! Y aunque pudiera, ¿qué pensaba? ¿Que después de una noche de descanso, todo habría cambiado por la mañana?

El resentimiento que había empezado a nacer en el corazón de Julia cuando aquella mujer había destrozado el día de su boda, volvió a renacer en su interior.

—No hay nada que puedas hacer por mí —dijo antes de salir corriendo escaleras arriba, dejando tras ella un rastro de encaje blanco.

Ben se quedó dormido después de medianoche, pero el niño lo despertó una hora más tarde. Medio dormido, lo sacó del cajón que había convertido en una cuna y lo tumbó sobre la cama para cambiarle el pañal.

Era una tarea que requería cierta práctica y, para incrementar sus problemas, el niño parecía saber que estaba en manos de un novato porque en cuanto Ben le levantaba las piernas, empezaba a moverse como una anguila.

Y sobre el asunto del pis... su increíble puntería y la enorme cantidad de munición era asombrosa en alguien tan pequeño.

—Por favor, enano —murmuró, intentando pegar los adhesivos del pañal mientras el niño gritaba a pleno pulmón.

Ben imaginaba que el niño tendría hambre, pero no estaba seguro.

La última vez que había visto un niño tan pequeño había sido cuando, en Saskatchewan, la mujer con la que le tocaba vivir aquel mes había dado a luz.

Pero dos días más tarde había tenido que mudarse a otra granja para dejar sitio al pequeño.

—Estáte quieto —le suplicó—. Te traeré el biberón en cuanto me dejes ponerte el pijama.

A él también le iría bien beber algo... una botella de whisky, por ejemplo.

Con el niño en brazos, bajó a la cocina y sacó de la nevera uno de los biberones que había encontrado en el bolso de Marian.

—Toma —susurró, poniendo la tetina en su boca. Pero el niño la rechazó y se puso a llorar, furioso. Perdido, Ben miró al diminuto tirano—. Si no quieres comer, ¿qué es lo que quieres?

El niño seguía gritando sin parar y, aprovechando la oportunidad, Ben volvió a meterle la tetina en la boca, pero la retiró enseguida cuando vio que el niño se atragantaba.

—¡Por Dios! ¡Que alguien me ayude! —exclamó, meciendo al niño frenéticamente.

Julia apareció en ese momento, con el cabello castaño suelto sobre la espalda y Ben pensó entonces que era la mujer más bella que había visto nunca

—¿Te hemos despertado? —preguntó, tontamente.

Probablemente, la mitad del vecindario estaría despierto en ese momento.

—No estaba durmiendo —contestó ella.

—La verdad es que no estamos teniendo una buena noche.

Julia miró al niño un segundo y después apartó la mirada.

—Parece que está enfadado.

Por si acaso alguien no estaba de acuerdo, el niño elevó el volumen de sus gritos.

Con los ojos apretados y la boquita torcida hacia un lado, parecía una manzana arrugada, pensó Ben, que estaba empezando a perder la cabeza.

—Creí que tenía hambre, pero no quiere el biberón.

Cada vez que intento dárselo, empieza a gritar.

—A lo mejor está demasiado caliente —sugirió ella.

—¿Caliente?

Julia tocó el biberón que Ben había dejado sobre la encimera.

—¡Está helado! —exclamó, mirándolo con desaprobación, mientras quitaba la tetina y metía el biberón en el microondas—. No me extraña que llore.

—Pero en la nota decía que tenía que mantenerlo en la nevera...

—¿A tu amiga no se le ha ocurrido dejarte un libro de instrucciones?

Ben no quería hablar sobre Marian. Quería hablar sobre ellos; sobre Julia y él y cómo iban a conseguir que las cosas volvieran a ser como antes. Desde luego, no era el momento más romántico, con el niño llorando a pleno pulmón, pero Ben decidió intentarlo.

—Estás guapísima, Julia. Pareces un ángel.

La campanita del microondas sonó en ese momento.

—Toma. Inténtalo ahora.

De acuerdo. Había elegido un mal momento. Lo intentaría de otra forma.

—¿Quieres darle tú el biberón? —preguntó, señalando al niño. Julia se quedó helada y Ben se dio cuenta de que había vuelto a meter la pata—. Lo siento. He vuelto a decir una tontería.

El niño se agarró a la tetina como si no hubiera comido en una semana y, durante unos segundos, el único sonido que escucharon fue el de los tragos del hambriento infante y sus ocasionales suspiros de satisfacción.

Ben se apoyó en la encimera y miró a su mujer.

—Estás enfadada, lo sé. Y sé que tienes razón para estarlo. Pero te juro que yo no sabía nada de esto, Julia. Lo último que quiero es hacerte daño.

—Parece que Marian es lo último que has querido —observó ella, irónica.

—Esa clase de comentario no va a ayudarnos nada. Es la clase de réplica que esperaba de tu madre, no de ti.

—Dicen que si un hombre quiere saber cómo será su mujer después de casarse, solo tiene que mirar a su madre, ¿no? Pues si te sientes desilusionado, al menos puedes consolarte pensando que tú no has venido a este matrimonio con las manos vacías. Tienes un hijo, Ben. Mucho más de lo que yo tengo.

—Me tienes a mí —murmuró él, intentando disimular su irritación—. Siempre me tendrás a mí.

—No estoy segura de sí quiero tenerte, Ben.

—Julia...

Pero ella había salido de la cocina sin hacer ruido, sus pies descalzos como hojas rozando el suelo de madera.

El niño eligió ese momento para vomitar parte de la leche.

—¡Pero...! —Ben levantó los ojos al cielo, mientras se limpiaba con un paño—. No sé quién dijo que lo bueno se vendía en frascos pequeños, enano, pero desde luego no te conocía a ti.

Capítulo 4

EL SONIDO de una fuente despertó a Julia por la mañana. Durante un segundo se preguntó dónde estaba y por qué estaba sola. Pero las respuestas llegaron demasiado rápido, mientras recordaba uno por uno los eventos del fatídico día anterior.

La confrontación con Ben, su confesión, el brillo triunfal en los ojos de sus padres al descubrir que habían tenido razón sobre él, por no mencionar los murmullos entre los invitados... la indignación y el dolor que todo eso le había producido eran insoportables.

Apartándose el pelo de la cara, Julia se sentó sobre la cama y miró a su alrededor, como si quisiera comprobar que todo aquello había sido un mal sueño.

Pero su vestido de novia tirado en el suelo, con algunos de los botones arrancados, tan abandonado y triste como su matrimonio, era la prueba de que todo había sido real.

La imagen de Marian Dawes había asaltado sus sueños.

Diminuta, frágil, sus ojos azules llenos de lágrimas, era la clase de mujer cuya delicadeza volvía locos a los hombres, los hacía sentirse poderosos y protectores.

Quizá aquel había sido su error, pensaba paseando por la habitación. Quizá cuando Ben había insistido en no hacer el amor hasta que estuvieran casados y en no tener hijos hasta un par de años después, debería haberse puesto a llorar.

Debería haber apelado a su virilidad, que él tenía por toneladas... y si alguna vez había tenido alguna duda, la prueba dormía al otro lado del pasillo.

Se había quedado dormida cuando empezaba a amanecer y, por el ángulo del sol, supuso que en aquel momento debían ser las nueve.

El resto de la casa estaba en completo silencio y Julia imaginó que Ben habría salido a desayunar o a comprar comida para el niño.

O se habría marchado para siempre.

Negándose a aceptar el pánico que aquel pensamiento la despertaba, Julia decidió preocuparse por cosas más inmediatas, como por ejemplo

encontrar algo que ponerse que no fuera el camisón o un arrugado vestido de novia.

Necesitaba darse una ducha, ropa limpia y un buen café, por ese orden. Solo después de eso podría enfrentarse con el resto del día y con el resto de su vida.

Encontró el resto de sus maletas en la puerta de la habitación, prueba de que Ben se había despertado antes que ella. Sacó un vestido y unas sandalias y entró en el cuarto de baño donde colocó el neceser con sus cosas de aseo. Al menos se sentiría limpia, pensaba.

Pero no había ni rastro de Ben o el niño cuando bajó a la cocina y tampoco había café. No era sorprendente, ya que no habían pensado vivir en la casa hasta después de la luna de miel.

Daba igual. Seguiría su ejemplo y saldría a la calle a desayunar.

El paseo marítimo estaba lleno de restaurantes.

Pero cuando abrió la puerta se encontró de cara con su marido. Y el niño. ¿Se acostumbraría algún día o seguiría sintiendo siempre aquella punzada de dolor en el corazón?

—Hola —sonrió él, ofreciéndole un ramo de rosas que llevaba en una mano—. ¿Dónde vas tan temprano? Las flores son de los dos, por cierto.

De los dos. Las palabras que, hasta el día anterior, le habían dado la falsa seguridad de que Ben y ella estaban dentro de una burbuja indestructible, se habían convertido en una expresión que no la incluía a ella, que la dejaba fuera.

Julia tuvo que hacer un esfuerzo para no tomarlo por la pechera de la camisa y gritarle: «Los únicos dos que debía haber aquí somos tú y yo. Tres no pueden irse de luna de miel».

Por supuesto, no lo hizo. En lugar de eso, echó mano del mismo orgullo y dignidad que el día anterior.

—Creí que era más tarde. Voy a salir a desayunar.

—No hace falta. He comprado algunas cosas —dijo Ben, señalando unas bolsas en el suelo.

—Gracias, pero prefiero desayunar fuera —replicó ella, sin mirarlo.

—Quieres decir que prefieres estar en cualquier otro sitio —dijo Ben entonces, con rabia—. ¿Por qué no lo dices de una vez en lugar de atragantarte con ello?

—Esto no tiene nada que ver contigo y sí con el hecho de que no he comido nada desde ayer —le espetó Julia—. Ciertos eventos me quitaron el apetito.

—Yo no puedo arreglar todo lo que ha pasado, pero puedo evitar que te mueras de hambre —dijo Ben dándole una bolsa—. Aquí hay café caliente, cruasanes y ensalada de fruta. Podemos desayunar en el patio, si quieres. Va a hacer calor, pero he encendido la fuente y bajo la sombrilla se está muy bien.

Sus intentos por normalizar una situación que no tenía nada de normal despertaban en ella unos sentimientos que sin duda eran tan desagradables para Julia como para él.

—¿Estás dándome órdenes, Ben?

—No. Estoy intentando de todas las formas posibles no dejarte fuera de esto.

—¿De verdad crees que unas flores y unos cruasanes van a arreglarlo todo? —preguntó ella, irónica.

—No. Pero parecía una buena forma de empezar. ¿Crees que no sé qué lo he estropeado todo? ¿Crees que no me doy cuenta de lo que te he hecho, de lo que nos he hecho a los dos? Lo quieras o no, vamos a tener que sentarnos a hablar, Julia. Y decidir si este matrimonio va a alguna parte.

—Yo pensé que íbamos a ser una pareja feliz y normal, pero por el momento nada en nuestro matrimonio lo es.

—Yo no esperaba convertirme en padre antes de saber lo que era ser un marido —dijo él—. Y tampoco esperaba casarme con una mujer que no fuera la madre de mi hijo.

—¿Es esa una forma de decirme que te has casado con la mujer equivocada? —preguntó Julia, llena de rabia.

Ben miró al cielo y tomó las bolsas del suelo con la mano libre.

—No seas niña, Julia. No te pega nada.

La rabia, el sentimiento de culpa y un dolor que laceraba su corazón reemplazaron su sentido común.

—¿Cómo te atreves a criticarme? ¡Yo soy la que ha salido perdiendo en todo este asunto! ¡Nada de esto es culpa mía!

—Lo sé —murmuró él, con expresión dolorida.

Ben siempre le había parecido un hombre tan fuerte como una roca, hermoso como un dios y capaz de mover montañas. Nunca se le había ocurrido pensar en él como un hombre vulnerable.

El remordimiento y la pena al darse cuenta de que su marido era un ser humano tan frágil como los demás, hizo que Julia le quitara las bolsas de la mano.

—Dámelas. Yo las llevaré.

—Pesan mucho. Toma al niño.

—Soy más fuerte de lo que crees —insistió ella, prácticamente corriendo hacia la cocina.

¿Qué le estaba pasando, que era incapaz de mirar o tocar a aquel inocente niño? Desde luego, ella era la parte ofendida, pero Ben también estaba sufriendo.

Angustiada, miró la hermosa cocina que Ben había diseñado para ella. Los muebles blancos con puertas de cristal y luces interiores, la encimera de granito negro, los suelos de tarima color miel, lo último en electrodomésticos... era una cocina de sueño.

—No me puedo permitir una persona de servicio que viva con nosotros —le había dicho él cuando compraron la casa—. Pero si quieres contratar a una cocinera...

—¡No! —había exclamado ella—. Yo no soy mi madre, que no sabe siquiera dónde están las cosas en su casa. Esta va a ser mi cocina y no pienso dejar que otra mujer se adueñe de ella.

Julia se había imaginado a sí misma cocinando platos maravillosos para ellos y sus amigos o a Ben sentado sobre un taburete mientras ella le daba los últimos toques a una cena romántica para dos. Y también se había imaginado cómo sería cuando tuvieran niños y les diera galletas que ella misma habría hecho en el horno.

Pero nunca se había imaginado que encontraría el cubo de la basura lleno de pañales de un niño que era de su marido, pero no suyo.

Julia escuchó pasos y aparentó estar llenando la nevera cuando Ben se colocó tras ella. Podía sentir su aliento en el pelo y sabía que iba a besarla. Y así fue. Ben la besó suavemente en el cuello, dejándola con las rodillas temblorosas.

—Deja eso ahora. Vamos a desayunar —murmuró, tomándola por la cintura—. El café se está enfriando.

Pero él estaba caliente. Caliente y dispuesto. El roce de sus caderas sobre su trasero probaba lo dispuesto que estaba.

Furiosa tanto consigo misma como con él por pensar que podía seducirla después de lo que había pasado, Julia metió la cabeza dentro de la nevera.

—¿Es que no ves que estoy ocupada? No quiero que estas cosas se estropeen con el calor.

—¿Qué cosas? —preguntó él, impaciente—. Solo he comprado leche, unos filetes y algo de verdura, Julia. ¿Es que estás pensando meterte en la nevera para no estar conmigo?

Julia cerró la nevera de golpe.

—Muy bien. Me sentaré contigo en el patio, tomaré un café y me comeré un cruasán. ¿Contento?

—No —contestó él, colocando los cubiertos en una bandeja—. Me temo que vamos a necesitar mucho más que eso para que cualquiera de los dos pueda volver a ser feliz. Tenemos que hablar, Julia. Tenemos que tomar una decisión.

—¿Y si yo no estoy preparada para tomar una decisión?

—Eso es lo que más miedo me da. Que te lo guardes todo dentro y no podamos encontrar el camino de vuelta el uno al otro. Tenemos que tomar una decisión juntos, no por separado —contestó él—. No me hagas suplicarte, Julia. El niño está arriba y estará durmiendo durante un par de horas. Vamos a intentar razonar.

Dándose la vuelta, Julia se dirigió al jardín.

—¿Qué hay que hablar, Ben? Tú ya has tomado una decisión sobre lo que vas a hacer y nada de lo que yo diga va a hacerte cambiar de opinión.

—Pensé que tú también habías tomado una decisión —dijo él—. Ayer tuviste la oportunidad de marcharte, pero no lo hiciste. Puede que sea un idiota, pero pensé que eso significaba que ibas a darme una oportunidad.

—No estaba preparada para tomar una decisión de ese calibre. Necesitaba un poco de tiempo para pensar las cosas.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Anoche te escuché pasear por la habitación. Un hombre razonable pensaría que no lo hacías por ejercicio, sino porque no podías dormir. Un

hombre razonable pensaría que estabas intentando decidir qué debías hacer —dijo él, con la mandíbula apretada—. Y yo estoy intentando ser razonable, Julia, pero me estás sacando de mis casillas. Por favor, no me devuelvas las preguntas y contéstame de una vez. ¿A qué conclusión has llegado anoche después de pasear durante horas?

—¿No he llegado a ninguna conclusión! Tú tuviste que aceptar inmediatamente cuando tu antigua amante te puso al niño en los brazos, pero yo no voy a dejarme presionar. Decida lo que decida, voy a tomarme mi tiempo. Y un hombre «razonable» entendería eso perfectamente. Lo entendería sobre todo después de la vergüenza que me ha hecho pasar delante de mi familia y mis invitados. Pero deja que te diga una cosa Ben Carreras, si crees que convertirte repentinamente en padre va a despertar en mí sentimientos maternales, estás muy equivocado.

Ben se echó hacia atrás en la silla, cruzó los brazos sobre el pecho y estiró las bronceadas piernas. Llevaba pantalones cortos, una camiseta blanca y zapatillas de deporte. Parecía seguro de sí mismo, invencible... y tan atractivo que Julia entendía por qué Marian Dawes había abandonado a su marido por él.

—Aquí nos estamos jugando mucho más que tu orgullo, Julia —dijo él, con calma—. Por si no te has dado cuenta, se está jugando el futuro de un niño. Te quiero muchísimo, pero no voy a tolerar que pagues tus frustraciones con él. Si decides que estoy pidiendo más de lo que tú puedes dar, es mejor que sigas adelante con tu vida. Pero ese niño ha sido abandonado por su madre y yo no voy a abandonarlo por nada del mundo.

Julia siempre había sabido que Ben era un hombre fuerte y seguro de sí mismo, pero aquel tono, su forma de hablar, la dureza que había empleado era algo que nunca antes había visto en él.

—Ni siquiera puedes estar seguro de que ese niño sea tuyo, Ben.

—Sé que Wayne no es su padre y sé por su fecha de nacimiento que es más que probable que yo sea el padre.

—¿Cómo puedes saber eso? ¿Cómo sabes que solo se acostaba contigo? Si estás diciendo la verdad, ni siquiera sabías que Marian Dawes estaba casada mientras mantenías una aventura con ella.

Ben se irguió entonces, furioso.

—¿Si estoy diciendo la verdad? Nunca te he mentado, Julia y no voy a empezar a hacerlo ahora. Pero si tienes alguna duda, deberías haberte

marchado ayer. Porque yo no pienso vivir con una mujer que cree que soy un mentiroso.

—¿Cómo es posible que ahora sea yo el villano de esta historia? — exclamó ella entonces, perpleja.

Ben se pasó la mano por la cara.

—Aquí no hay ningún villano, Julia, eso es lo que estoy intentando decirte. Solo hay víctimas y siento mucho que tú seas una de ellas. Quiero que las cosas vuelvan a ser igual que antes, pero no puedo hacerlo sin tu ayuda. Anoche te encerraste en esa habitación, negándote a escucharme o a dejar que te tocara... cariño, así no es como dos personas enamoradas arreglan algo que se ha roto.

Julia empezaba a suavizarse, pero no quería hacerlo. Le dolía demasiado que sus sueños se hubieran hecho pedazos.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Qué me metiera en tu cama como si estuviéramos de luna de miel? ¿Pensabas que podía acostarme contigo sin que pensara que lo que me estabas haciendo a mí se lo habías hecho a Marian Dawes?

Ben la miró como si hubiera dicho algo increíblemente obsceno.

—Por supuesto que me acosté con Marian —dijo, intentando conservar la calma—. Pero no se me había pasado por la cabeza que iba a «acostarme contigo». Yo creía que tú y yo íbamos a hacer el amor. Para mí, hay una gran diferencia entre una cosa y otra.

—Ah, bueno, tendrás que perdonarme. Yo no tengo tu vasta experiencia —replicó ella, irónica—. Tontamente había creído que era importante mantenerme virgen para el hombre de quien algún día me enamorase.

Ben dejó su taza de café sobre la mesa y se levantó.

—Perdona. El niño está llorando y estoy preocupado. No parece capaz de mantener la comida durante mucho tiempo y tiene un sospechoso moretón en un brazo. Estoy seguro de que disfrutarás de tu desayuno sin tenerme al lado.

Julia se había pasado y no hacía falta mirar la cara de Ben para darse cuenta. La antigua Julia le habría pedido disculpas, habría aceptado hablar con calma del asunto, incluso habría sentido compasión por aquel ser diminuto que no tenía la culpa de nada.

Pero la amargura que sentía al haber descubierto que nada en su vida sería lo que ella había soñado la hacía herir a Ben, aunque al hacerlo ella sufriera tanto como él.

—¿Es así como vas a solucionar las cosas a partir de ahora? —preguntó, sarcástica—. ¿Usando al hijo de Marian Dawes como excusa para no enfrentarte al hecho de que has arruinado la vida que habíamos planeado?

—No necesito una excusa. Es mi hijo y hasta que sea suficientemente mayor para cuidar de sí mismo, su interés está por encima del mío.

—¿Aunque eso significara perderme?

El la miró a los ojos durante unos segundos.

—Espero que no lleguemos a eso, Julia —dijo por fin—. Pero si me obligas a elegir, así es. Aunque eso significara perderte.

—¡Debería haber escuchado a mis padres! —exclamó ella entonces, herida en lo más hondo.

—Quizá deberías haberlo hecho.

—Tenían razón cuando me decían que no te conocía lo suficiente como para casarme contigo.

—Eso ya me lo dijiste ayer —murmuró él, dirigiéndose a la cocina—. Lo siento, pero tengo que atender a un niño pequeño que está llorando.

Estaba siendo su primera pelea y Julia no podía soportarlo.

Hasta entonces jamás se habían peleado, siempre habían parecido estar de acuerdo en todo. Por supuesto, ella había dicho cosas terribles solo para hacerle daño, de modo que no debía sorprenderle su respuesta.

Pero que él hubiera admitido abiertamente que elegiría a su hijo en lugar de elegirla a ella era un golpe demasiado fuerte. Y ella lo estaba estropeando más, dejando que el orgullo y el dolor la arrinconaran en una esquina.

En lugar de seguirlo a la habitación, como habría hecho una mujer compasiva, se quedó en el jardín, mirando el brillante mar azul hasta que le dolieron los ojos.

Y la distancia que la revelación de Marian Dawes había creado entre ellos pareció hacerse más grande cada día hasta el punto de que parecían dos extraños viviendo bajo el mismo techo.

Lejanos, serios, sin comunicarse en absoluto y tan escrupulosamente amables como si nunca antes se hubieran visto.

El martes siguiente, Ben entró en la cocina, cuando ella estaba sacando la ropa de la lavadora.

—Voy a ir a la ciudad. ¿Quieres que te traiga algo?

—No —contestó ella, sin mirarlo—. No necesito nada.

—Lo que tú digas —dijo Ben.

No volvió hasta después del almuerzo.

Aquella misma tarde, un camión paró frente a la casa y dos hombres empezaron a sacar muebles. Ben les indicó que los llevaran a la habitación que Julia y él habían decidido sería la habitación de su primer hijo.

—Cuando compramos esta casa, nunca pensé que el hijo de otra mujer dormiría aquí —dijo ella, con amargura.

—¿Dónde quieres que lo ponga? —preguntó Ben, con el tono indiferente que había utilizado durante los últimos días—. ¿En un armario? ¿O preferirías una caseta de perro?

—¡Eso no es justo! ¡Deja de hacerme parecer la malvada madrastra!

—¿Por qué no? —se encogió él de hombros—. Lo haces muy bien.

—Quizá si te hubieras molestado en hablar de esto conmigo antes de...

—¿Hablar? ¡No me hagas reír, Julia! Estoy harto de rogarte que hables conmigo. Apenas puedes soportar que estemos en la misma habitación, ¿cómo vamos a hablar racionalmente?

—Ahora estamos hablando —replicó ella—. No deberías poner la cuna tan cerca de la ventana. Si hubiera un terremoto, los cristales caerían sobre tu hijo.

—¿Y dónde quieres que la ponga?

—Tú veras —contestó ella.

—Yo no sé nada de esto, Julia. Me hace falta un poco de ayuda.

Julia entendió aquello como una invitación para que se acercara al niño.

Y, aunque una parte de ella hubiera deseado hacerlo, otra parte se negaba en redondo. Aquella era su casa y debería ser su hijo el que estuviera durmiendo en aquella cunita de madera blanca.

—Deberías haber comprado algún libro sobre cuidados infantiles.

—Hay muchas cosas que debería haber hecho, Julia. Como por ejemplo, haber esperado un poco antes de pedirte que te casaras conmigo.

Aquel comentario la hirió tan profundamente que Julia salió corriendo, no solo de la habitación, sino de la casa. Condujo a toda velocidad sin pensar, deseando solo hablar con alguien que la quisiera.

No podía ir a casa de sus padres, pero había otra persona que la escucharía y sería objetiva.

Capítulo 5

HE DEJADO que me echara de mi propia casa, abuela —sollozaba Julia una hora más tarde sobre el sofá de terciopelo de Felicity.

—Tonterías —sonrió la mujer, poniendo una caja de pañuelos de papel sobre las rodillas de su nieta—. Me sorprendes, Julia. Estás dejando que esa Marian Dawes arruine tu vida. Pensé que eras una chica más fuerte.

—¡Como si ella me importara! —exclamó Julia, indignada.

—Claro que te importa. Todo este asunto tiene que ver con ella. ¿O estás diciéndome que tu actitud sería la misma si Ben hubiera encontrado a ese niño en la puerta de su casa? —preguntó la mujer, sirviendo dos copas de jerez—. Deja de compadecerte de ti misma y empieza a enfrentarte con la realidad, ángel mío, así que sécate las lágrimas y toma un trago. Yo tengo mucha fe en los poderes curativos del jerez.

Media copa después, Julia admitía que su abuela tenía razón.

—Es verdad. Todo esto es por Marian. Estoy tan furiosa con ella que...

—También estás enfadada con Ben, Julia. Seamos sinceras.

—Sí, es cierto. Me ha desilusionado y supongo que se lo estoy devolviendo negándome a aceptar al niño.

—Pues sigue así y perderás a tu marido. Él te dio la oportunidad de marcharte y tú elegiste no hacerlo, pero si es de esta forma cómo vas a portarte con él, le habrías hecho un favor plantándolo el día de la boda. Porque si las cosas siguen así, te vas a quedar sin Ben, lo quieras o no. ¿Es eso lo que quieres? ¿Ya no estás enamorada de él?

Julia miró el contenido de su copa.

—No lo sé, abuela. Me lo he preguntado cien veces. Si esto hubiera pasado antes de la boda, ¿habría seguido adelante o la habría cancelado? No sé si puedo soportar que Ben haya tenido una aventura con una mujer casada unos meses antes de conocerme. Además, hay otra cosa. Ben solo le presta atención al niño y yo siento que... que me roba la atención que mi marido me debe —dijo, con sinceridad—. No sé qué hacer. Estoy confusa.

Felicity se mantuvo en silencio durante unos segundos, pensativa, mientras acariciaba su collar de perlas.

—Ben te ha decepcionado, eso está claro. Y me imagino que estará dispuesto a besar tus pies durante los próximos sesenta años si así lo perdonas. Pero tú no eres la única que tiene orgullo y cuando un hombre ve su orgullo herido puede volverse intratable.

—Si estás sugiriendo que...

—Yo no estoy sugiriendo nada —la interrumpió su abuela—. Solo tú sabes hasta dónde quieres llegar para mantener ese matrimonio. Lo único que digo es que tienes que reflexionar antes de que sea demasiado tarde. Porque si Ben pierde la paciencia por tu actitud y se marcha, no creo que puedas convencerlo para que vuelva. Él ha tenido una infancia demasiado dura como para soportar otro rechazo.

—Lo que estás diciendo es que vuelva a casa y actúe como si nada hubiera pasado.

—Te equivocas, cariño. Solo te aconsejaría eso si supiera que estabas dispuesta a aceptar la decisión que él ha tomado sobre su hijo. Pero no creo que lo hayas hecho. Creo que le has cerrado tu corazón a ese niño y, la verdad, me avergüenzo de ti, Julia.

—¿Y si no es hijo de Ben? —preguntó su nieta, sorprendida de que Felicity, que siempre la había apoyado en todo, se volviera contra ella en aquel momento tan duro.

—¿Por qué no quieres darte cuenta de que eso ya no es importante? Lo que importa es que ese niño necesita unos padres, Julia. Que Ben está preparado para serlo y que no necesita pruebas de que, efectivamente, es su hijo. Y eso no es algo malo, todo lo contrario. A mis ojos, le engrandece. Y con respecto a la pobre Marian Dawes, quizá se acostó con quince amantes diferentes y no sabe a ciencia cierta quién es el padre, pero al menos tuvo la inteligencia de elegir a un hombre con integridad y carácter suficientes como para serlo.

—¿La estás defendiendo? —preguntó Julia, perpleja.

—Yo no tengo que defender o condenar a nadie. Pero sí te diré esto: es muy duro reconocer que una no está hecha para la maternidad y, aplaudo su coraje por admitir que ella no lo estaba. Estoy segura de que le costó mucho tomar esa decisión y que va a sufrir por ello. Pero también estoy segura de que ese niño no debería pagar los errores de su madre.

—¿Y crees que eso es lo que yo estoy haciendo... castigándolo?

—Sí. Porque tú sí estás hecha para ser madre. Siempre has querido tener hijos, pero te niegas a aceptar a ese niño. Y me temo, Julia, que ahora

es parte de tu matrimonio. De modo que si Ben es importante para ti, vas a tener que aceptarlo.

Julia casi se atragantó con el jerez.

—No estoy dispuesta a aceptar cualquier cosa para salvar mi matrimonio.

—Esa es decisión tuya, cariño.

—Tú crees que debería irme a casa, lanzarme a los brazos de mi marido y aparentar que estoy deseando darle el biberón a su hijo.

—¡Julia, estás diciendo tonterías! —exclamó su abuela, indignada. Una emoción que raras veces solía demostrar. Las únicas veces que Julia la había visto indignada era contra su madre, no contra ella—. Me refiero a aceptarlo de verdad, Julia. Deja a un lado tu orgullo y concéntrate en lo que importa de verdad: el amor que Ben y tú sentís el uno por el otro. Eso es lo único que va a ayudarte a pasar este trago.

Julia se dejó caer sobre el respaldo del sofá.

—Siento mucho si esto te desilusiona, abuela, pero no estoy preparada para eso. Quizá debería marcharme durante unos días para reflexionar —murmuró, pasando el dedo por el brazo del sofá.

—Cariño, tú eres quien tiene que decidir qué es lo mejor para ti —suspiró Felicity—. Pero, por favor, intenta recordar por qué te enamoraste de Ben y no te apresures a abandonarlo. Si eres lo que yo siempre he querido que fueras, reflexionarás sobre ello antes de tomar una decisión que podrías lamentar toda tu vida.

Cuando Ben vio desaparecer el coche de Julia se culpó a sí mismo.

Se había comportado de forma insensible. Aquellos días, no sabía qué hacer, qué decir, todo parecía alejarlo de ella. Julia debía pensar que lo único que le interesaba de ella era llevársela a la cama. Y como no podía acercarse a un metro de su mujer sin tener una erección, no podía culparla.

Y sí que él estuviera permanentemente excitado no fuera suficiente para irritarla, también estaba preocupado, exhausto y de mal humor.

Desde luego, no resultaba agradable estar a su lado.

¡Y en cuanto al asunto de la habitación del niño...!

Más cansado de lo que lo había estado en su vida, Ben se sentó al borde de la cama y escondió la cara entre las manos. Hasta un idiota

hubiera sabido que no era buena idea colocar al niño en una habitación que había sido diseñada para los hijos que Julia deseaba tener con él.

El problema era que se estaba comportando como un idiota últimamente.

El niño no dormía más que durante una hora seguida y conseguir que eructase después de cada comida era lo más difícil que Ben había tenido que hacer en su vida.

Y luego estaban los moretones en los brazos del niño que iban desapareciendo poco a poco, pero que seguían siendo visibles y que le recordaban demasiado las marcas de la mano de un hombre.

«Tengo que ponerlo a salvo», le había dicho Marian. Ben creía saber a qué se refería después de ver esas marcas.

Suspirando, se echó hacia atrás en la cama y se quedó mirando al techo.

Por una vez, la casa estaba tan silenciosa que podía escuchar el sonido de las olas rompiendo sobre la playa.

Después de eso, las sombras cubrieron la habitación y Ben solo se despertó al escuchar un ruido a través del monitor conectado con la habitación del niño.

Abrió los ojos, intentando apartar de sí las telarañas del sueño y miró su reloj. Las seis en punto. ¡El enano había dormido durante tres horas seguidas! Y Julia llevaba cuatro fuera de la casa.

Aquello hizo que sintiera un nudo en el estómago. ¿Dónde demonios estaba? ¿Habría vuelto mientras dormía o se habría marchado para siempre?

Ben se acercó a la ventana. La puerta del garaje estaba cerrada, pero quizá ella había vuelto y no la había oído.

El niño estaba haciendo ruiditos, pero al menos no lloraba y Ben decidió bajar a la cocina para preparar un biberón y comprobar si el coche de Julia estaba en el garaje.

No estaba. Y tampoco había un mensaje suyo en el contestador, ni una nota en la cocina. Y por si eso no fuera suficiente, medio dormido, puso el biberón en el microondas durante cuatro minutos en lugar de cuarenta segundos.

Y el niño había empezado a llorar.

Ben sacó otro biberón de la nevera y lo metió en el microondas. A su hijo podría faltarle algo, pero desde luego no eran pulmones.

Tarde o temprano tendría que darle un nombre, pensó entonces, mirando por la ventana de la cocina. No podía seguir llamándole «niño» o «enano» para siempre.

Su idea original de esperar hasta que Julia tomara una decisión, con la esperanza de que los dos eligieran un nombre adecuado para el pequeño, no parecía posible porque se separaban un poco más cada día.

Cuando Ben subió con el biberón, el niño había conseguido darse la vuelta y tenía la cabecita apoyada en los barrotes de la cuna.

Ben decidió que lo primero sería cambiarle el pañal pero, enfadado, el pequeño no lo dejaba hacer.

—Para un poco, bichejo, o los dos tendremos que darnos una ducha.

Cuando consiguió cambiarle el pañal y darle el biberón, había pasado una hora y seguía sin saber nada de Julia.

A las cinco y media sonó el teléfono, sobresaltando al niño que soltó un eructo impresionante.

—Espero no haberte pillado en mal momento —le dijo Felicity—. Solo quería hablar un momento con Julia.

—Ha salido —dijo Ben, eligiendo sus palabras cuidadosamente. Le caía bien Felicity y estaba seguro de que no sería partidista si supiera la pesadilla en que se había convertido su matrimonio, pero tampoco quería decir a los cuatro vientos que no sabía nada de su mujer. Lo último que le faltaba era que la familia de Julia se inmiscuyera en sus problemas—. Salió esta tarde a hacer unas compras y aún no ha vuelto.

El silencio que siguió a sus palabras le dijo más de lo que Felicity hubiera querido decir.

—Qué raro. Pensé que iría directamente a casa cuando se marchó de aquí.

—Quizá haya mucho tráfico —sugirió Ben, sabiendo que no iba a engañar a nadie con aquella excusa y menos a la inteligente Felicity Montgomery.

—Bueno, no era nada importante. Solo quería recordarle que tengo en mi garaje algunos de vuestros regalos de boda. Dile que me llame cuando llegue.

—De acuerdo. Y gracias por llamar.

—De nada. Dale un beso al niño de mi parte.

—Lo haré.

Felicity, que no tenía razón alguna para preocuparse por su hijo, le mandaba un beso mientras su mujer, la mujer que había prometido frente a la mejor sociedad de Vancouver amarlo en la salud y en la enfermedad, no podía siquiera estar en la misma habitación con él.

Poniéndose al niño en el otro brazo, Ben notó que le había manchado la camiseta de leche.

—¿Otra vez? Vamos a tener que hacer algo para que dejes de bañarme.

Había comprado un columpio aquella mañana, un aparato que se colgaba entre las jambas de una puerta para mantener al niño entretenido, y Ben lo colocó en la puerta del dormitorio. El niño empezó a mirar alrededor con sus enormes ojos azules, encantado.

—Haremos un trato —dijo Ben, mientras se quitaba los zapatos—. Tú te quedas aquí mientras yo me ducho y después iremos a dar una vuelta por el jardín. ¿De acuerdo?

Julia seguía sin aparecer y él estaba solo en una casa que habían comprado los dos, sin saber si su mujer iba a volver alguna vez.

«Me avergüenzo de ti». Las palabras de su abuela la perseguían mientras conducía por la autopista, haciéndola sentir que no se merecía el amor que Felicity le había dado durante toda su vida. ¿Por qué no podía mostrarse generosa con Ben?, se preguntaba. ¿Qué la hacía cerrar su corazón a un niño inocente?

Julia sabía la respuesta. Tenía miedo de hacerlo. No temía que no fuera hijo de Ben; estaba segura de que lo era.

Una semana antes habría jurado que el amor podía superar cualquier obstáculo. Ben era su roca, su vida, su futuro. Juntos eran indestructibles, indivisibles. El mundo era su ostra.

Pero en media hora, todo aquello se había ido abajo. Desde que Marian Dawes había entrado en el hotel para hacer su dramática revelación, la idea de que todo en su vida iba a ser felicidad se había ido por la ventana.

Julia estaba tan inmersa en sus pensamientos que no vio la salida de Crescent Beach y tuvo que seguir varios kilómetros hasta la siguiente para tomar después la estrecha carretera de la playa que llevaba hasta White Rock. Quería estar sola para pensar.

La marea había dejado atrás charcos con caracolillos... un tesoro para un niño pequeño. Cuando fuera un poco mayor...

Cuando fuera mayor, quizá el niño estaría viviendo con su madre. ¡Y con su padre!

Aquello hizo que Julia tuviera que reconocer cuál era el verdadero problema. No era que no pudiera perdonar a Ben, ni que no pudiera amar a su hijo. Era miedo de perderlos a los dos. Un miedo que la había acompañado desde su infancia.

Julia tenía nueve años cuando alguien le regaló un gatito y durante dos maravillosas semanas su soledad se vio aliviada por aquel animalillo que la esperaba todos los días cuando volvía del colegio y que dormía a su lado en la cama.

Pero también arañaba los muebles y, un día, cuando volvió del colegio, el gatito había desaparecido.

—Nos hemos librado de él, por supuesto —le había dicho su madre—. No podía estar en una casa como la nuestra.

¿Qué pasaría si Marian decidiera que su hijo no podía seguir en la casa de los Carreras y quería volver a llevárselo? Aquel era el verdadero problema. La diferencia era que Julia no era ya una niña. Era una adulta y podía luchar por lo que era suyo.

Poco después de las ocho, Julia volvió a encender el motor y se dirigió a su casa. La pelea había durado suficiente y era el momento de empezar a hacer que aquel matrimonio funcionase.

Ben debía haber ido hasta la puerta unas cien veces. Y, según pasaban las horas, la angustia se había convertido en pánico y en furia. Cuando por fin vio los faros del coche y se abrió la puerta del garaje, la cólera hizo que su visión se nublara.

Ella entró de puntillas en la casa. Ben la vio, a oscuras en su despacho, y encendió la luz cuando empezó a subir la escalera.

Sobresaltada, Julia se volvió.

—Creí que estarías en la cama.

—Y yo creí que tú estarías muerta —replicó él, intentando disimular sin mucho éxito el deseo de ponerse a rugir como un león—. Estaba tan seguro de que te había pasado algo que he llamado a la policía y a todos los hospitales.

—¡Ben, lo siento!

Ella empezó a acercarse, los ojos tan grandes como dos piscinas, su boca suave y tierna. Una vez, eso hubiera sido lo único que necesitaba para olvidarse de todo.

Pero aquel día no era suficiente. Habían ocurrido demasiadas cosas. Entre ellos había demasiado resentimiento y desconfianza.

—La próxima vez que decidas marcharte, haz el favor de decirme dónde vas y cuándo vas a volver. Asumiendo que haya una próxima vez, claro.

—¿Cómo que si hay una próxima vez? ¿Qué quieres decir?

—Que estoy harto, Julia. Estoy harto de todo esto y un poco harto de ti. Tengo que cuidar de un niño pequeño y no quiero cuidar de otro. Especialmente cuando quedan un par de semanas para que cumplas veinticuatro años. Yo creo que ya es hora de que crezcas.

Julia lo miró con sorpresa durante unos segundos y después levantó las cejas, de una forma inimitablemente Montgomery.

—Ya veo. ¿Y tienes algún interés en saber qué es lo que yo siento?

Lanzarle esa pregunta a la cara de nuevo, como si él hubiera cometido un pecado imperdonable por decirle la verdad hizo que la cólera de Ben aumentase.

—Pues la verdad es que no —contestó, levantándose—. Por una vez, lo único que me importa es lo que siento yo. No me gusta que me traten como si fuera basura. No me gusta que me dejen solo mientras mi mujer decide si quiere comportarse como mi mujer. No me gusta tener que darle explicaciones sobre algo que ocurrió antes de conocerla. He recitado mis culpas por docenas y no me ha valido de nada. Para decirlo claramente, estoy hasta aquí de tu sensibilidad y de que tú no pienses en la mía.

—¿Estás amenazándome con ejercitar tus derechos conyugales, esté yo de acuerdo o no?

¿Era eso lo que había querido decir?, se preguntaba Ben. Desde luego, la deseaba. Su deseo era poderoso, obsesivo. Tanto que no sabía cómo había podido apartar sus manos de ella.

Pero su código ético lo había salvado de cometer una barbaridad y, como siempre, estaba allí para rescatarlo.

—Antes muerto. Para mí, ese comportamiento es delictivo e indigno de un hombre. Esposa, novia o amante ocasional, si una mujer no quiere, un hombre es culpable de violación. ¡Ya le gustaría a mi querida suegra colgarme esa etiqueta! De modo que puedes retirarte a tu virginal habitación, no pienso obligarte a nada.

Como un globo que se hubiera quedado sin aire, Julia se dejó caer sobre una de las butacas con las manos en la cara.

—Tienes razón —dijo ella por fin—. Me siento avergonzada. Todo esto es culpa mía.

Si hubiera seguido con sus sarcasmos o hubiera excusado su comportamiento, Ben habría podido seguir furioso. Pero no podía hacer nada ante aquella total rendición. Todo en ella, desde la curva de su espalda hasta la piel de su cuello parecía tan... vulnerable. Lo hacía sentir como un brutal cazador aterrorizando a una criatura demasiado débil para protegerse a sí misma.

En un segundo, la indignación que había sentido durante aquellas horas sin saber de ella desapareció y Ben se derritió por dentro. Lo único que deseaba era acariciarla, abrazarla, consolarla.

Pero tocarla antes de tiempo solo complicaría las cosas. A pesar de todo, seguía deseándola como un loco y no le haría falta mucha persuasión para hacerle el amor. Pero eso no resolvería los problemas que los separaban.

—Siento haberte gritado, Julia. Estaba muy preocupado por ti y cuando te vi, reaccioné de forma intempestiva. Me parece que los dos hemos estado haciendo eso últimamente.

Cuando ella levantó la cabeza, Ben vio: que había estado llorando silenciosamente, con unas lágrimas que le rompían el corazón.

—Lo sé —murmuró ella—. Lo siento. Debería haberte dicho dónde estaba para que no te preocupases.

Los remordimientos lo estaban matando. Tenía que acercarse a ella, pensaba.

Era la mejor manera de reconciliarse y nada de lo que Julia hubiera hecho o dicho justificaba que la hiciera sufrir.

—Nadie tiene la culpa. Lo único importante aquí es salvar nuestro matrimonio. Está haciendo aguas y si no hacemos algo pronto, seremos incapaces de salvarlo.

—Yo no quiero eso, Ben, de verdad —exclamó ella, levantándose—. Tú eres lo más importante en mi vida. ¡Tú eres mi vida! Y quiero que seamos una familia, de verdad.

—Me gustaría creer eso, cariño, pero me temo que lo estás diciendo más por orgullo y por miedo que por convicción. Yo no quiero que nuestro matrimonio sea un sacrificio para ti. No puedo aceptar eso. No voy a criar a un niño en una casa llena de discordias y reproches solo para quedar bien con los demás.

—Yo no te estoy pidiendo eso —dijo Julia, acercándose.

Un paso más y estarían tocándose. El recuerdo de su dulce cuerpo apretado contra el suyo hizo que su carne ardiera, incrementando la desazón en su entrepierna.

La deseaba tanto que le dolía.

—No te acerques o no seré responsable de lo que haga. Acabo de decirte lo que pienso de mis derechos conyugales, Julia. No me conviertas en un mentiroso.

—¿Y si no quiero que seas responsable? —murmuró ella—. Hemos esperado tanto, Ben. Hemos dejado que tantas cosas se interpongan entre nosotros.

—Y podemos esperar un poco más. No quiero usar el sexo como una forma de manipular...

—¿Ni siquiera si yo te lo ruego?

Estaba tan cerca que Ben se sintió embriagado por su perfume. Ella acarició sus labios con un dedo y el roce provocó que se incendiara por completo.

—Julia, por favor... —murmuró. Pero la voz le había salido como si tuviera un ataque de asma.

—Bésame —susurró ella—. No creo que pueda soportar otra noche sin estar entre tus brazos.

Y por si acaso él no se había enterado, Julia tomó las manos del hombre y las puso sobre sus pechos. Ben podía notar sus pezones bajo el vestido y estuvo a punto de sufrir un ataque al corazón.

—¡No! —exclamó, atragantado—. No quiero que mañana te arrepientas.

—Te prometo que no me arrepentiré. Nunca he tenido las cosas más claras en toda mi vida —dijo ella, deslizando la mano eróticamente hasta su cintura.

Su sexo se excitó dolorosamente.

La reacción de Julia casi lo hizo llorar.

—Oh —murmuró. Y después, con una curiosidad infantil y perversa a la vez, lo tocó.

En su mente, Ben estaba seguro de que hacer el amor no era la mejor forma de arreglar lo que había entre ellos. Pero su mente había dejado de controlar. Era Julia quien lo hacía y Ben supo aceptar que estaba vencido.

—De acuerdo, tú ganas —dijo con voz ronca.

Y, como un cordero que se dirigía al matadero, dejó que ella lo llevara de la mano hasta la habitación.

Capítulo 6

MÚSICA DE fondo, suave y romántica, la cama con dosel que los dos habían elegido juntos un mes antes de la boda, las sábanas arrugadas como montañas cubiertas de nieve a la luz de la luna. «Nuestra cama de matrimonio», le había susurrado Ben al oído el día que la compraron, haciendo que Julia se ruborizase.

Pero Julia no estaba ruborizada en aquel momento.

De repente, insegura sobre si podría llevar a cabo una seducción tan descarada, se había quedado helada por dentro.

¿Qué debía hacer? ¿Quitarle la ropa? ¿Desnudarse? ¿Esperar que él diera el primer paso?

Sus ojos brillaban en la oscuridad.

—Si quieres echarte atrás...

Ella negó con la cabeza.

—No.

Quería que su voz sonara segura, pero un temblor la delató.

Estaba asustada de lo que la esperaba y asustada de echarse atrás.

—Ven aquí —susurró Ben, tomándola en sus brazos.

Él no la había abrazado así, con ternura, con anhelo, en tanto tiempo que Julia casi se derritió. Quizá no habían cambiado tantas cosas entre ellos.

Sus muslos se rozaban y él la sujetaba por la cintura. Tan preocupada estaba Julia por saber qué debía hacer después que no se dio cuenta de que estaban bailando.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez —murmuró, temblorosa.

—Es verdad —dijo él, rozando su cuello con los labios—. A mí me parece una eternidad. Te he echado de menos, Julia.

—¿Cómo puedes echar de menos a alguien con quien estás enfadado?

Una pregunta tonta, como sabía por experiencia propia, dado que ella lo había echado de menos cada segundo, pero los nervios la hacían decir tonterías.

—Creí que no querías saber nada de mí.

Riendo suavemente, él le desabrochó el vestido por detrás y lo deslizó por sus hombros. El vestido cayó al suelo, dejándola frente a él solo con la ropa interior.

—Ahora mismo quiero saberlo todo sobre ti.

Julia se sentía terriblemente desnuda e inadecuada. Cuando había imaginado la primera vez que Ben y ella harían el amor, se había imaginado a sí misma recién bañada, perfumada y envuelta en sedas. No con unas sandalias y un conjunto de ropa interior de algodón. No se había imaginado despeinada y con surcos de lágrimas en la cara.

Instintivamente, cruzó los brazos sobre el pecho e intentó apartarse, pero él no se lo permitió.

—Quiero mirarte —dijo, apartando sus manos.

Agradeciendo la semi oscuridad, Julia le permitió observarla de arriba abajo, rezando para que él no se sintiera defraudado. Había visto demasiada desilusión en sus ojos recientemente como para soportarla una vez más. Hubiera ocurrido lo que hubiera ocurrido entre ellos durante la última semana, aquel momento tenía que ser perfecto.

—Sé que no soy una gran belleza, Ben —dijo ella.

Su cintura era estrecha, pero sus pechos eran pequeños y sus piernas, aunque largas y esbeltas, no eran las piernas de una modelo.

—Para mí lo eres —murmuró él, mirándola apasionadamente—. Mucho más encantadora de lo que había imaginado.

Ben inclinó la cabeza y empezó a besarla con una dulzura que la derretía por dentro.

—Quiero tocarte —murmuró, tomando su mano y poniéndola sobre su pecho—. Y quiero que tú me toques a mí.

Él era cálido, fuerte, vibrantemente masculino y más que eso. Era honrado, sincero, valiente y capaz de proteger a aquellos que amaba. Julia lo miró con los ojos llenos de lágrimas. Aquel hombre era su marido.

Por primera vez desde el día de su boda, quizá por primera vez desde que se habían conocido, aquella palabra tenía verdadero significado.

—No tengas miedo —dijo él, que no entendió la razón de sus lágrimas—. Podemos hacer esto tan despacio como tú quieras.

Ella asintió en silencio porque, aunque hubiera sabido cómo contestar, no podría haber dicho una palabra.

Ben deslizó la mano por su cintura y la atrajo hacia sí, llevándola con él al ritmo de la música.

La guiaba suavemente, apretándola más con cada paso y haciéndola ser consciente de lo poco que los separaba. Además de la camisa, Ben solo llevaba unos pantalones cortos.

Julia miró hacia abajo. Solo tendría que tirar del cordoncillo y...

—Hazlo —dijo él.

—¿Qué? —dijo ella, avergonzada de que hubiera leído sus pensamientos.

—Quítamelos, cariño, o lo haré yo.

Julia se puso colorada hasta la raíz del cabello.

—¿Cómo sabías...?

Él la apretó con más fuerza hasta que ni un rayo de luz hubiera podido pasar entre ellos. Julia sentía su excitación traspasando la delicada tela de los pantalones.

—Intuición masculina —contestó Ben, acariciando la curva de su trasero hasta el interior de sus muslos.

Julia sintió como una corriente eléctrica, tan fuerte e inesperada que la sobresaltó.

Ben la había tocado antes, pero nunca tan íntimamente y nunca con resultados tan devastadores y se encontró a sí misma apretándose contra él, temblando, casi sollozando por un deseo que apenas comprendía.

Pero él sí. Soltándola, se quitó los pantalones coitos y la camisa con una rapidez que la habría dejado impresionada si su atención no hubiera estado centrada en el esplendor de su semi desnudez.

Julia deslizó la mirada por su torso, sus anchos hombros, el estómago plano y la simetría de sus caderas. Y, finalmente, porque era imposible ignorarlo, entre sus piernas; aquello sobre lo que había fantaseado tantas veces durante meses.

Aquello que la cambiaría para siempre, robándole la virginidad que había guardado para él, pero que a cambio le daría un sentimiento de unión e intimidad más allá de lo que nunca hubiera imaginado posible.

Su piel bronceada brillaba a la luz de la luna en contraste con sus calzoncillos blancos, marcando claramente su poderosa virilidad que, incluso ella, inexperta como era, podía reconocer como formidable.

Sin pensar, Julia alargó la mano para tocarlo.

Sorprendida por su temeridad, se apartó después como si se hubiera quemado.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, divertido.

—Eres tan... grande —la observación, que incluso a ella misma le había sonado infantil no se lo pareció al hombre.

—Muchas gracias, cielo. Esperaba que te gustase.

¿Qué le gustase? Estaba aterrorizada. ¿Cómo era posible que aquello...?

¿Habría sido aquello a lo que su madre se refería cuando, en uno de sus muchos intentos por disuadirla de ese matrimonio, le había dicho:

—El sexo es algo indigno, Julia. Pero es deber de la mujer acomodarse a las necesidades de su marido, le guste o no. Porque él siempre tendrá ganas y eso, querida, es una de las cruces que tendrás que soportar.

Quizá Ben notó sus repentinas dudas porque empezó a besarla suavemente en un hombro y después siguió por su cuello, su nariz y sus párpados. Por fin, y con increíble delicadeza, tomó su boca.

Mientras la besaba, deslizaba la mano hasta sus pechos, el vientre y entre los muslos, una parte que nunca antes había tocado.

Iba dejando un rastro de fuego a su paso, una sensación de lava ardiente que bullía salvajemente en sus venas hasta llegar al punto más sensible entre sus muslos.

Julia tragó saliva y apretó las piernas, avergonzada de la repentina y sorprendente humedad que sentía, como lágrimas sujetas durante demasiado tiempo.

Pero su intento de modestia fue un error porque al hacerlo atrapó la mano de él en el sitio que ella quería proteger.

Atolondrada, intentó relajarse, otro error porque aprovechando la ocasión Ben metió la mano dentro de sus braguitas y, con un dedo, abrió suavemente su parte más sensible.

El roce produjo en ella una sensación tan dulcemente dolorosa, tan pecadoramente deliciosa que Julia creyó convertirse en otra mujer.

—Ah... —gimió, abriéndose para él, incapaz de controlar los temblores de su cuerpo.

Con un gemido ronco de satisfacción, Ben la tomó en sus brazos y la llevó a la cama.

Julia no supo cómo habían terminado desnudos.

Su ropa parecía haberse disuelto por la necesidad de rozar piel contra piel.

El miedo y la timidez habían desaparecido y decidió explorar el cuerpo de su marido, tocándolo por todas partes y disfrutando al saber que ella era la razón de que él hombre estuviera duro y urgente, fuera de control.

Ella tampoco podía controlar su respuesta. Las emociones y las sensaciones se unieron para borrar cualquier resto de timidez.

Ben la besaba por todas partes, incluso en sitios que unos minutos antes la hubieran hecho ruborizarse. Pero mientras antes ella habría intentado controlar las sensaciones que la embargaban, en aquel momento se abandonaba y, poseída por el deseo de entregarse tan completamente como él se entregaba, Julia levantó las caderas en un gesto instintivo cuando Ben se colocó de rodillas sobre ella.

Él tomó su cara entre las manos. Sus ojos, nublados de deseo se clavaron en los suyos. Inclinandose hacia adelante, ella lo besó en la boca.

Sabía a la crema hidratante que ella se había puesto por la mañana, sabía a ella.

Nunca lo había amado tan profunda, tan fieramente como lo hacía en aquel momento. Habría muerto por él, si su marido se lo hubiera pedido.

Pero en lugar de hacerlo, él se armaba de paciencia, como un generoso profesor que se prestaba a esperar a que su alumna estuviera preparada para el siguiente paso.

No le resultaba fácil y Julia se daba cuenta por la dificultad que tenía para respirar y por las gotas de sudor que cubrían su frente.

Julia había aprendido a dar y recibir e, intentando devolver el placer que él le estaba dando, empezó a deslizarse hacia abajo desde su pecho, escondiendo la cara entre sus piernas.

Muchas veces a lo largo de su noviazgo, sus intentos de que él le hiciera el amor se habían encontrado con la resistencia del hombre, haciéndola preguntarse si podría romper su impresionante control.

Pero la reacción de Ben ante su femenino asalto disipó aquellas dudas.

Podría ser inexperta, pero desde luego no le resultaba poco atractiva, de eso estaba segura. La presión de su mano sobre su cabeza no era la acción de un hombre que no estaba conmovido y excitado.

Sorprendida, siguió besándolo delicadamente hasta que la rigidez del cuerpo masculino le dijo que no podía más.

Era el momento. Ella lo sabía y él también. Cuando la tumbó sobre la cama para colocarse sobre ella, Julia abrió las piernas para recibirlo.

Sintió un momentáneo dolor cuando la penetró, pero solo era un recordatorio de que se había mantenido virgen para él.

Era un precio pequeño por el delicioso placer que siguió a aquello, por la sensación de ser una mujer completa, una sensación que nunca hubiera imaginado.

Aquello era el matrimonio. Aquello era lo que simbolizaba la alianza que llevaba en el dedo. Mientras pudieran sentir lo que estaban sintiendo en aquel momento; nada podría interponerse entre ellos.

Enredando los brazos alrededor de su cuello, Julia intentó enterrarlo más profundamente dentro de ella, pero Ben la sorprendió apartándose un poco. Apoyándose en los brazos, la miraba a los ojos mientras iba reduciendo el ritmo de sus asaltos.

—No me dejes —murmuró Julia, abrumada.

—Nunca —dijo él con voz ronca, volviendo a entrar en ella con una embestida fuerte y profunda—. Te quiero, Julia.

Y así siguieron, él provocándola, jugando con ella hasta dejarla tan tensa como un muelle, murmurando palabras incoherentes para que no pasara. Esclavizada, enloquecida, saboreaba la tortura, sin darse cuenta de que dentro de ella un temblor empezaba a tomar fuerza amenazándola con deshacerla.

Ben lo sintió antes que ella y se quedó parado.

Insegura, Julia se oyó suplicar a sí misma:

—Ben, no pares...

—Sí —murmuró él, embistiendo furiosamente entonces—. ¡Sí!

El tiempo pareció detenerse.

Todo lo que para Julia era familiar adquirió otra dimensión. Siguiendo el ritmo enloquecido del hombre, se dejó llevar hasta un éxtasis desconocido.

Cuántas cosas se había perdido su madre, pensaba disfrutando de un placer tan escandaloso que no sabía si seguía pegada a la tierra.

Julia estaba tumbada a su lado, con la cara enrojecida de pasión y los ojos cerrados.

—Soy tan feliz —murmuró.

—Quiero que siempre seas feliz, Julia —dijo él, colocándola sobre su pecho.

Una mujer más experta se habría percatado de que aquella respuesta era muy prudente, pero Julia, embriagada de placer, no podía pensar en nada.

—Nunca pensé que nuestra primera vez sería tan maravillosa.

—Yo tampoco.

Eso al menos era cierto. De hecho, decir que había sido maravillosa era como decir que el Everest era una montañita. Habría que inventar palabras para describir la magnitud de la experiencia. Y si era así, ¿por qué estaba escuchando campanas de alarma en su cerebro?, se preguntaba Ben.

Pero sabía la respuesta. Todo había ocurrido con demasiada facilidad.

En su opinión, aquello había sido un error. El sexo no era el pegamento que mantenía unida a una pareja. Al contrario, era lo que solía separarla cuando las cosas empezaban a ir mal.

Por otro lado, era el lugar en el que solía empezar un matrimonio.

Quizá tendrían suerte y lo que habían compartido aquella noche pondría los cimientos de un mayor entendimiento y confianza.

Ben disimuló un bostezo. Nunca había estado tan cansado. Con el horario imprevisible del niño y las preocupaciones sobre Julia, apenas había dormido durante aquella semana. Si pudiera dormir un par de horas...

Justo en ese momento, el monitor que había al lado de la cama le indicó que el niño había empezado a llorar. Pero cuando iba a levantarse, Julia lo detuvo.

—Deja que lo haga yo.

—No tienes que hacerlo, Julia.

Su silueta desnuda se recortaba contra la luz que entraba por la ventana. Aunque estaba cansado, Ben volvió a sentir la familiar excitación entre sus piernas.

—Quiero hacerlo.

«Y yo te quiero a ti», pensó él. Siempre la querría. La cuestión era, ¿podría conseguir que siguiera a su lado? Quizá tendría la respuesta en poco tiempo. Si ella era capaz de aceptar al niño, el mayor obstáculo que había entre ellos habría desaparecido.

—De acuerdo. Pero si necesitas ayuda, dímelo.

—Podré arreglármelas. Descansa un poco, cariño.

Más que feliz de obedecer, Ben se dejó caer sobre la almohada y casi se había quedado dormido cuando ella salió de la habitación.

La suave luz de una lamparita mostraba al niño en su cuna, con la cara roja y los puñitos cerrados, cortando el aire con sus gritos.

Julia le tocó el pañal para ver si estaba mojado.

—No me extraña que llores, pobrecito —susurró—. Estás empapado.

El niño, distraído por el sonido de su voz dejó de llorar y la miró con sus enormes ojos azules, exactamente iguales que los de Ben.

—Hola —le dijo ella—. Soy Julia, tu mamá...

Si atreverse a decir la palabra no había producido el milagro que había esperado, lo que ocurrió después se pareció mucho. Como si finalmente se sintiera en casa, el niño emitió un profundo suspiro y apoyó la cabecita sobre su cuello.

Y de nuevo aquella noche, por razones muy diferentes, Julia sintió que una corriente eléctrica la recorría. El impacto de aquella boquita rozando su piel la conmovió hasta el alma. Había leído que las mujeres se convertían en tigresas para proteger a sus cachorros, pero nunca habría creído poder experimentar aquel sentimiento por el hijo de otra mujer.

Aquello debía ser lo que se llamaba instinto maternal, pensó con lágrimas en los ojos.

—Espera un poco, cariño. En cuanto encuentre un pañal, te cambiaré para que estés séquito.

En la cómoda infantil que Ben había comprado había de todo, desde diminutas camisetas, pijamas de algodón, pañales, juguetes, sonajeros y una caja de toallitas húmedas. Mientras buscaba lo que necesitaba, el niño seguía llorando desesperadamente.

—Calla, chiquitín —murmuró, poniéndole un chupete. Pero Julia era una madre inexperta y tardó un rato en descubrir cómo se ponían los pañales—. Necesitamos una mecedora. Una de esas antiguas con muchos almohadones para estar cómodos. Mañana, papá irá a comprar una. Y, por cierto, tenemos que empezar a pensar en un nombre.

Algo bonito y con personalidad.

Julia bajó a la cocina para preparar un biberón, pero el niño se negaba a tomarlo.

—Tienes el mejor papá del mundo y yo voy a intentar ser la mejor mamá. Aunque tenga mis propios niños, te prometo que nunca te haré sentir diferente. Tú serás el hermano mayor.

Pero la charla con la que intentaba calmar al pequeño y la leche que debería haber saciado su hambre no servían de nada. El niño movía la cabeza de lado a lado, estiraba las piernecitas y se negaba a tomar la tetina.

Quizá no estaba sujetándolo bien, quizá si lo mecía un poco...

—Ya sé lo que es —dijo Julia por fin, levantándose para pasear con él por la cocina—. Te han pasado demasiadas cosas, ha entrado y salido demasiada gente de tu vida y tienes miedo. Pero ahora estás en casa, cariño, y nadie volverá a abandonarte.

Nada parecía funcionar. El niño apartaba la cara cada vez que le acercaba la tetina y cuando Julia intentó obligarlo a tomarla, vomitó la leche en su mano.

Después de tomar aire, el pequeño empezó a llorar como nunca lo había hecho, con lágrimas que le partían el corazón.

—Soy nueva en esto, pequeñín, pero estoy haciendo todo lo que puedo —murmuró ella, contagiada por sus lágrimas—. No tengo ninguna práctica con niños. Es la primera vez que cambio un pañal en toda mi vida.

La respuesta del niño fue un auténtico aullido. No despertó a los muertos, pero consiguió que Ben bajara la escalera, aturdido, despeinado y con ojos soñolientos.

—Ben, no sé qué hacer con él —gimió ella.

—No te lo tomes como algo personal —sonrió su marido, tomando al niño—. A mí me pasa lo mismo. Me parece que sabe que somos nuevos en esto.

—Contigo no llora tanto. Creo que sabe que no me he portado bien con él y no confía en mí —sollozó Julia—. Quizá nunca confiará en mí.

—Esperas demasiado, cariño —sonrió él—. Los milagros no ocurren de un día para otro.

—Le he cambiado el pañal y le he puesto un pijamita limpio, ¿qué he hecho mal?

—¿Un pijamita? —rió Ben—. Eso tiene que ser. ¿Es que no sabes que a los hombres no nos gustan esas cosas?

—Él no es un hombre. Es una cosita pequeñita. ¿Por qué crees que no quiere tomar el biberón?

—No lo sé. Pero cuando llamé a Marian...

Un segundo antes, Julia se había sentido llena de optimismo. Pero aquellas palabras la dejaron helada. La cara de Marian apareció en su mente. La pequeña Marian, la frágil Marian. La mujer incapaz de cuidar de su propio hijo.

¿Por qué había hablado Ben con ella? ¿Habría decidido dejar a su marido? ¿Estaría lamentando haber abandonado a su hijo?

Era lo mismo que había ocurrido con su gatito cuando era pequeña. Lo que más quería estaba a punto de serle arrebatado.

—¿Has llamado a Marian?

Si él no se había dado cuenta de la brusquedad con la que Julia se había apartado, tendría que haberse dado cuenta del cambio en su tono de voz.

—Sí.

—¿Cuándo? —preguntó Julia, haciendo un esfuerzo para no lanzarse sobre su marido y sacarle los ojos.

—Esta tarde.

—¿La has llamado? ¿Y después me has hecho el amor a mí?

—No veo la conexión entre una cosa y otra.

—Desde luego que no debería haber ninguna conexión. Ella pertenece a tu pasado. Al menos, eso es lo que me hiciste creer cuando me rogaste que no te dejara el día de la boda —dijo ella, furiosa—. ¿Por qué la invitas a entrar en nuestra vida?

—Porque necesitaba consejo. Puede que no te hayas dado cuenta de que este niño no es feliz, pero yo sí. Soy su padre y estoy preocupado.

—Eso no explica que hayas llamado a Marian Dawes.

—Yo creo que sí. Ella es su madre.

«Ella es su madre».

Y ella nunca sería más que una substituí, por mucho que intentara convencerse de lo contrario.

—¿Y le das crédito a la opinión de una mujer que le ha dado la espalda a su propio hijo? Vamos, Ben, no me lo creo. ¿Cuál es la verdadera razón por la que querías hablar con tu antigua amante?

—Hasta esta noche, tú no habías mostrado interés alguno en el niño, ¿qué sugieres, que te hubiera pedido consejo a ti? —replicó él, sarcástico.

—Podrías haber llamado a mi abuela.

—Si hubiera hecho eso, se habría dado cuenta de que algo no funcionaba entre nosotros. Y yo aprecio demasiado a Felicity como para destrozarse sus ilusiones sobre ti.

—¿Estás diciendo...?

—Lo que estoy diciendo es que dejemos esta discusión ahora mismo, antes de decir algo que podríamos lamentar. Estoy cansado, tú estás cansada y seguro que el niño está cansado. Será mejor que dejemos el tema hasta mañana.

Después de decir eso, sin darle oportunidad de replicar, Ben salió de la cocina con el niño en brazos. Julia nunca se había sentido más sola en toda su vida.

Capítulo 7

JULIA NO HABÍA pensado que tendría que soportar otra noche sin dormir.

Y menos que lo haría en la otra habitación.

Pero cuando por fin subió la escalera, la puerta del dormitorio estaba cerrada y no tuvo valor para entrar, a pesar de que su ocupante era en aquel momento su marido, en todo el sentido de la palabra.

El niño se movió cuando pasó por delante de su habitación y, de puntillas, Julia entró para acariciar su cabecita.

Tenía el pelo húmedo de sudor y parecía tener un poquito de fiebre.

¿Habría juzgado a Ben con demasiada severidad?, se preguntaba.

¿Le ocurriría algo más al niño que un sencillo dolor de estómago?

¿Serían los cardenales indicación de algo más serio?

Un escalofrío de pánico la recorrió. Los niños no eran diferentes de los mayores.

Una enfermedad podía llevárselos sin aviso.

El niño chupaba con fuerza su chupete y Julia sintió la necesidad de tomarlo en sus brazos, tanto para protegerlo contra cualquier cosa como para hacerle saber que la rabia que había mostrado en la cocina no iba contra él.

Pero no quería arriesgarse a que volviera a llorar y solo se atrevió a acariciar la suave piel de su carita.

—Podría enamorarme de ti, si me atreviera —susurró, sintiendo que una lágrima corría por su cara—. Pero no es tan sencillo.

—Sí lo es —escuchó la voz de Ben tras ella—. Es muy sencillo, Julia. Lo único que tienes que hacer es dejar que ocurra.

Ruborizada, como si él la hubiera pillado robando, Julia se apartó de la cuna.

—No quería despertarte.

—No estaba durmiendo. Y aunque hubiera sido así, he oído tu voz a través del monitor. ¿Cómo está? —preguntó, acercándose a la cuna.

—Bien. Está durmiendo y supongo que eso es un buen signo. Pero si fuera mi hijo...

—Es tu hijo, Julia. Si tú quieres...

—Es el hijo de Marian. Tú mismo lo has dicho hace un rato —lo interrumpió ella. Él suspiró, impaciente—. Pero si fuera mi hijo, lo llevaría al médico para que le hiciera un chequeo.

—Tengo cita con el pediatra el lunes por la mañana.

—Eso es esperar mucho tiempo. Especialmente si tiene algo serio.

—Lo sé. Por eso llamé a Marian. Imaginé que si ella no había notado nada en el mes que ha estado con el niño, no podía tener nada grave.

—Estupendo. Si has llegado a un acuerdo con ella, lo que yo tenga que decir no vale de nada, ¿no? —dijo Julia, dirigiéndose a la puerta.

Ben fue tras ella y la tomó del brazo.

—Estás portándote como una niña con este asunto de Marian.

—¡Y tú estás siendo muy obtuso si no te das cuenta de que no quiero volver a oírte pronunciar ese nombre! ¿Es que no es suficiente que haya tres en esta «luna de miel,» para que tengas que invitar a un cuarto?

—Estás sacando las cosas de quicio, Julia.

—No lo estoy —replicó ella—. He tenido que oír hablar de esa mujer cinco minutos después de que me pusieras la alianza y ahora, cuando creía que todos nuestros problemas se habían solucionado, vuelve a aparecer en cuanto me doy la vuelta.

—¿Hubieras preferido que esperase hasta que tú te dignaras volver a casa para que habláramos los tres?

—No te pega ser sarcástico.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, Ben se apoyó en la puerta. En sus ojos había un brillo que Julia desconocía.

—Tienes razón. Yo soy un imbécil, ella es una zorra y tú una santa. ¿Qué tengo que hacer para arreglar esta situación, Julia? ¿Hacer que la arresten?

—¿Cómo puedes estar tan ciego? ¿Es que no te das cuenta de que esa mujer me da miedo? Ella te ha dado un hijo y es una parte importante de tu pasado. ¿Qué pasaría si Marian decidiera abandonar a su marido y volver contigo y con vuestro hijo? —preguntó, secándose las lágrimas con la mano—. Cuando me pediste que me casara contigo, pensé que era porque

sentías lo mismo que yo, que no podías vivir sin mí. ¡No había esperado sentirme como la tercera en discordia incluso antes de quitarme el vestido de novia!

Julia no esperaba que mostrándole sus miedos más profundos Ben pudiera conmoverse tan profundamente. Antes de que se diera cuenta, él la había tomado en sus brazos y la llevaba a su habitación, a la habitación de matrimonio, murmurando en su oído cosas tan bonitas como: «Mi amor, he sido un idiota... nunca he querido hacerte llorar... te prometo que nunca más volverá a ocurrir...»

—¿Y si ella te obliga a elegir entre el niño y yo? —sollozó Julia, capaz por fin de hablar en voz alta de sus miedos.

—Eso no ocurrirá nunca —dijo él, secándole sus lágrimas con suaves besos—. Yo no permitiré que ocurra. ¿Cómo puedo hacer que me creas?

—Apártala de nosotros, Ben —contestó ella, escondiendo la cara en su hombro—. Estoy intentando tener la familia feliz que tú deseas, pero no es fácil. Pedirme que acepte a tu hijo es una cosa, pero esperar que también acepte a su madre en nuestras vidas es demasiado. Prométeme que no dejarás que vuelva a acercarse a nosotros.

—Intentaré poner distancia, Julia, pero por el momento es lo único que puedo prometerte.

—No sé si puedo vivir con esa inseguridad —murmuró ella.

—Cariño, sé que te estoy pidiendo mucho, pero por favor, confía en mí. Marian ha cometido muchos errores, pero es una mujer decente y no creo que vaya a ser un problema para nosotros. Además, he empezado a dar los pasos necesarios para que esto se termine de una vez.

Ben parecía tan seguro que Julia deseaba creerlo.

—¿Qué pasos?

—Voy a pedir la custodia permanente del niño. Me imagino que Marian no va a intentar impedirlo, pero hasta que esté seguro quiero tenerla de mi lado. A veces el juez dictamina que ha de ser una custodia compartida, pero tendremos que convencerle de que tú y yo somos los padres perfectos para ese niño. De ese modo, será legalmente nuestro y ni Marian ni su marido podrán intentar arrebatárnoslo.

—¿Y si ella no acepta? ¿Si quiere tener derechos de visita y aparece en casa cada vez que le apetezca? —preguntó Julia. La idea de que Marian

Dawes siguiera siendo un espectro permanente en su vida fue suficiente para volver a hacerla llorar—. ¿Y si...?

—Cariño, yo no tengo todas las respuestas, pero estoy intentándolo. Vamos a descansar un poco. Veremos las cosas con más tranquilidad por la mañana.

—No creo que pueda dormir.

—Claro que sí. Vamos, sécate la nariz —dijo él, sacando un pañuelo del cajón de la mesilla—. Eso está mejor. Ve a darte un baño y después vuelve a la cama conmigo.

Julia aprovechó la media hora que pasó en la bañera. Cuando volvió a la habitación, fresca y oliendo a perfume, Ben se había duchado, había cambiado las sábanas y tenía en la mano un vaso de leche para ella y una copa de coñac para él.

—A mí no me gusta, pero creo que la leche caliente es muy buena para relajarse —sonrió, indicándole con un gesto que la esperaba a su lado—. Sobre todo si tiene unas gotas de coñac.

Con la melena extendida sobre la almohada y el camisón de algodón blanco, Julia parecía tener quince años. Aquel pensamiento no lo confortó en absoluto. A Ben siempre le había preocupado la diferencia de edad, pero nunca tanto como en los últimos días.

Julia era una chica sofisticada y elegante porque pertenecía a una familia de clase alta, pero Ben había sabido que le resultaría difícil aceptar la bomba que había caído en su regazo el día de su boda. Había creído, sin embargo, que con el tiempo aceptaría a su hijo y en eso no se había equivocado. Pero otro problema, potencialmente más peligroso, había aparecido y no estaba seguro de cómo resolverlo.

A su lado, ella se tomaba la leche como una buena niña.

—Se te están cerrando los ojos —sonrió Ben.

—Tenías razón. La leche caliente con coñac ayuda a relajarse.

Julia suspiró profundamente, se metió entre las sábanas y colocó su brazo alrededor de la cintura del hombre.

Cuando su respiración se hizo regular, Ben apagó la lamparita y se apoyó en el cabecero de la cama, preguntándose cómo iba a resolver su vida a partir de aquel momento. Le había dado a Julia una versión edulcorada de la realidad, pero no podía engañarse a sí mismo. Aunque

solicitarla la custodia permanente del niño, no podría hacer que Marian desapareciera de sus vidas.

Ella era la madre de su hijo y eso la hacía parte de su futuro, como había sido parte de su pasado y su presente. Ben hubiera deseado que no fuera así, pero desearlo no cambiaba la realidad.

Felicity fue a visitarlos al día siguiente.

—No quiero entrar. Solo he venido a traer algunos de los regalos que tenía en el garaje. Abrir regalos siempre es divertido.

—Claro que vas a entrar —dijo Ben, tomándola del brazo—. ¿Crees que vamos a dejarte ir así como así?

—Pues... la verdad es que no me importaría ver al niño.

—El niño nos ha mantenido despiertos durante una semana, Felicity.

—Los niños son así —dijo la mujer—. Y si no te mantienen despierto porque lloran, uno se queda con el ojo abierto preguntándose si estarán respirando. Esa es la naturaleza de los cachorros, pero a nosotros nos encanta. ¿Cómo está mi nieta, por cierto?

Felicity era demasiado sabia como para que la engañaran y Ben lo sabía.

—Regular. La verdad es que le doy gracias a Dios todas las mañanas, cuando la veo a mi lado.

—Tener un niño en la casa es difícil incluso en las mejores circunstancias. Su padre estuvo llorando durante tres meses. Recuerdo que en una ocasión estuve a punto de tirarlo por la ventana —sonrió la anciana, guiñándole un ojo—. Yo me hubiera tirado detrás, por supuesto.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que Ben se había reído que los músculos de su cara no parecían responderle.

—No digas eso delante de Julia. A ver si vas a darle ideas.

—¿No se adapta al niño?

—El niño no es realmente el problema. Es lo que va con él. Tenemos que sentarnos tranquilamente para hablar, pero hacer eso ahora es casi imposible.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvisteis solos?

La pregunta lo pilló desprevenido.

—No lo sé.

—Entonces me alegro mucho de haberme invitado a mí misma —sonrió Felicity—. Invita a tu mujer a cenar. Yo me quedaré cuidando del niño.

—No puedo pedirte que hagas eso. No sabes en lo que te metes.

—Querido, ¿has olvidado la nuera que tengo que soportar? Comparada con Stephanie, tu hijo será pan comido, incluso para una vieja como yo. Y ahora, dime dónde está mi nieta. Quiero que me enseñe esta casa tan preciosa.

Ben tuvo que darse la vuelta para que Felicity no viera que se había emocionado.

—Si Julia se divorcia de mí, ¿seguirás siendo mi amiga? —intentó bromear.

—Julia solo se divorciará de ti por encima de mi cadáver. Y como solo los buenos mueren jóvenes, yo no pienso morirme en otros cien años —le devolvió la mujer la broma—. En cuanto a lo de seguir siendo amigos, lo doy por descontado. Tú eres parte de la familia, Ben. Y te aprecio muchísimo.

—Las dos cosas no siempre van juntas.

—Lo sé muy bien, querido. Pero en tu caso, son inseparables.

Ben consiguió reservar una mesa en la terraza de uno de los mejores restaurantes del paseo marítimo. Con el mar frente a ellos, era como si estuvieran cenando en la Riviera francesa.

—¿Qué tal? —sonrió Ben.

Ella se había hecho un moño y llevaba un vestido azul claro con botoncitos de perlas. Estaba tan guapa como debería estarlo una recién casada, pero ni su sonrisa era tan amplia ni sus ojos tan brillantes como él habría deseado.

—Es precioso.

—Tú también, cariño.

Tomaron ensalada de marisco y pechuga ahumada de pato, todo regado con champán. Cuando llegó la crema que habían pedido como postre, Julia estaba suficientemente relajada como para bajar la guardia, algo que no había hecho desde después de la boda, y Ben decidió que era el momento para sacar el tema que había estado reservando durante todo el día.

Tomando su mano, empezó a acariciar la alianza y buscó un comienzo diplomático.

—Vas a ser una madre maravillosa. Marian ha tenido mucha suerte de que hayas querido hacerte cargo de su hijo. Y hablando de Marian...

Julia soltó su mano de golpe.

—No sabía que estábamos hablando de ella. De hecho, no sé por qué se te ocurre hacerlo, particularmente después de insistir tanto en que esta noche solo nos pertenecía a nosotros —dijo ella, intentando conservar la calma—. ¿O pensabas ablandarme con unas copas de champán para decir algo que no quiero oír?

Ben apartó la mirada. Había demasiada verdad en aquellas palabras como para negarlo y Julia se dio cuenta.

—¡Estupendo! Pues deja que te diga una cosa, Ben. Vas a necesitar algo más que un par de copas de champán. Tu hijo es una cosa, pero tu ex amante, otra muy diferente. No pienso tolerar que quieras compartirme con ella. Así que decídete de una vez y hazlo rápido porque no pienso involucrarme más de lo que estoy.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él, volviendo a tomar su mano.

Julia lo miró con los ojos tan brillantes como la lámpara que había sobre la mesa.

—Quiero decir que no voy a entregarme más a ti ni a tu hijo hasta que esté segura de que no voy a terminar con las manos vacías. Ya me has quitado suficiente, me has quitado la confianza, me has quitado el futuro con el que yo había soñado... No pienso esperar hasta que me rompas el corazón. Así que piénsalo, Carreras ¡y suéltame la mano si no quieres que monte un escándalo!

Ben no tenía elección. Julia se soltó de un tirón y salió del restaurante a grandes zancadas. El resto de los clientes lo pasaba en grande observando la escena.

—¡Salud! —brindó Ben, sarcástico, cuando ella se alejaba.

Julia fue caminando por el paseo marítimo y después tomó la curva de la playa que llevaba a su casa para que Ben no tuviera oportunidad de seguirla con el coche.

Iba a tomarse su tiempo porque en aquel momento no quería verlo.

En aquel momento lo odiaba.

Una pareja de mediana edad pasó a su lado y, al verla tan angustiada, se pararon a su lado.

—¿Necesita ayuda?

Tal muestra de amabilidad por parte de alguien que no la conocía hizo que Julia se pusiera a llorar de nuevo. Abrumada, negó con la cabeza y salió corriendo.

Su abuela estaba en la puerta de la casa cuando llegó, media hora más tarde.

—¡Por fin has llegado, Julia!

—Supongo que Ben ha llegado antes que yo y te ha dicho lo maravillosa que ha sido la cena.

—Ha venido y ha vuelto a marcharse —dijo Felicity.

—¿Se ha ido? —repitió ella, sintiendo que se le doblaban las rodillas. ¿Era posible odiarlo y después sentirse aterrorizada de perderlo?, se preguntaba.

—Se ha llevado al niño al hospital. —¿Qué?

—El niño está muy enfermo, Julia. Yo hubiera ido con él, pero Ben no quería que te encontrases la casa sola. Personalmente, creo que ese hombre tiene suficientes problemas como para tener que preocuparse por una esposa que desaparece continuamente, pero creo que mi opinión tiene poco valor.

—Si quieres echarle la culpa a alguien, échasela a Ben. Yo no tengo la culpa de lo que está pasando —replicó ella, herida. Su abuela no dijo nada, pero la miró con tal desilusión que Julia tuvo que apartar la mirada—. Supongo que eso no te parece importante en este momento.

—¿Te lo parece a ti?

—No —contestó ella, sintiendo que volvía a tener diez años—. Lo único que importa es el niño. ¿Quieres venir conmigo al hospital, abuelita?

—No —contestó Felicity—. Mientras tú estés a su lado, Ben no me necesita. Pero, si no te importa, me gustaría quedarme aquí hasta mañana. Quiero saber cómo está mi nieto y, además, mi vista ya no es la que era y no me gusta conducir de noche. No te preocupes por mí, dormiré en la habitación de invitados.

Julia se dio cuenta de que los eventos de aquella noche habían dejado a su abuela sin energía y, por primera vez, aparentaba sus ochenta años.

—La cama está hecha y encontrarás todo lo que necesites en el cuarto de baño.

El coche de Ben estaba en el aparcamiento del hospital, pero no lo encontró en urgencias.

—¿Carreras? —repitió la enfermera, mirando sus papeles—. Han tenido que llevarlo al hospital de Vancouver.

—¿Por qué no han podido tratarlo aquí?

—A menos que usted sea su madre, no puedo darle esa información.

¿Era ella su madre? Era la pregunta que había intentado contestarse a sí misma durante todo el día. Pero no podía esperar más.

—No exactamente. Es hijo de mi marido y yo soy su... madrastra.

¡Madrastra! La voz de Julia se había roto al decir aquello. ¡Qué palabra tan fría, tan cruda!

—Supongo que entonces tiene derecho a saberlo —dijo la enfermera—. Los médicos han dicho que necesitaba una operación. Tiene el estómago muy mal y han decidido que lo mejor era llevarlo en helicóptero...

—¿En helicóptero? —repitió ella, incrédula.

—Su padre ha ido con él. Salieron hace media hora.

—¡Llevarlo en helicóptero cuando se tarda menos de una hora en llegar a Vancouver en coche! ¿Tan grave es?

La enfermera la miró con simpatía.

—Es un niño muy pequeño, señora Carreras. No podemos arriesgarnos a esperar. Podría ser una cuestión de vida o muerte.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Julia entonces, cubriéndose la cara.

Todas las lágrimas que había derramado durante aquella semana no eran más que una gota comparadas con la desesperación y la angustia que sentía en aquel momento.

—Lo siento, señora Carreras, no quería asustarla. Solo quería explicarle por qué es necesaria la operación. En Vancouver le darán los mejores cuidados, no se preocupe —dijo la enfermera—. Pero yo también soy madre y sé que eso no va a consolarla.

—Tengo que ir al hospital —susurró Julia, horrorizada.

Capítulo 8

LO ENCONTRÓ en la sala de espera de cirugía, en el hospital de Vancouver. Estaba sentado al borde de una silla, con la cabeza entre las manos y tal aire de desesperación que el corazón de Julia dio un vuelco.

—¿Ben? —susurró, tocando su hombro—, ¿Sabes algo?

—No.

—¿Han dicho cuánto...?

—No.

—¿A qué hora ha entrado en el quirófano?

—Hace cuarenta minutos.

—¿Saben qué es lo que le pasa?

—Creo que sí.

—¿Y pueden curarlo? —preguntó. Le hubiera gustado abrazarlo, pero él parecía tan perdido en su propio mundo que no se atrevió—. Háblame, Ben, por favor. No me dejes fuera de esto.

Él levantó la cabeza y la miró durante unos segundos. Sus ojos azules contrastaban con su bronceado rostro.

—Lo siento Julia, pero creo que ya hemos discutido suficiente y no tengo fuerzas para seguir. Haznos un favor a los dos y vete a casa.

—No —dijo ella, tomando su mano—. Esta noche he aprendido que desaparecer no resuelve nada. Él niño también es mi hijo, Ben. Quizá no legalmente, pero sí en mi corazón. Y tú eres mi marido. Tengo que estar aquí contigo y, lo quieras o no, voy a quedarme.

—Podría hacerte cambiar de opinión sobre eso en un segundo, Julia.

—¿Cómo?

—He llamado a Marian. Fue lo primero que hice cuando metieron a nuestro hijo en el quirófano.

Era curioso como la respuesta no le dolió como habría ocurrido unas horas antes.

Lo que le dolió fue lo de «nuestro hijo». ¿Qué quería decir con eso, el hijo suyo y de Marian o el hijo de los dos?

—Siento que el volcán está a punto de erupción. No te lo guardes por mí, Julia, pero por favor ve a explotar a otro sitio. Y no esperes que vaya a pedirte perdón por mi insensibilidad porque no va a ocurrir. Marian tenía derecho a saber que nuestro hijo está enfermo y yo tenía la obligación de decírselo.

—No vamos a pelearnos por Marian —dijo Julia—. Ahora lo que tenemos que hacer es pensar solo en tu hijo. El niño necesita nuestro amor y nuestra fuerza para salir de esta. Porque si muere... —le costaba trabajo terminar la frase— será el final para nosotros, Ben. Nuestro matrimonio se habrá roto para siempre.

—¿Es eso todo lo que el niño es para ti, un seguro de matrimonio? —preguntó él, con voz helada.

—¡Claro que no! ¿Cómo puedes...? —Julia tuvo que cubrirse la boca con la mano, horrorizada.

—Eso es lo que parecía.

—Lo que he querido decir es que el niño es parte de nosotros, parte de nuestro matrimonio. Sin él, habríamos perdido algo vital.

—Las parejas sobreviven a las tragedias, si se aman y se apoyan de verdad.

—Pero a veces es difícil soportar la adversidad, Ben. Y yo no quiero que nosotros nos separemos.

—Pues, por tu manera de actuar esta semana...

—He tenido muy poco tiempo para ajustarme a los cambios —dijo ella, tocando su brazo—. Cuando empezó todo esto el día de nuestra boda, tú me pediste que fuera comprensiva y he intentado serlo. ¿Es demasiado pedir que muestres un poco de paciencia?

—He sido paciente, Julia. Pero no me ha servido de nada.

—Siento mucho haberte desilusionado —dijo Julia entonces, irritada por su dura actitud—. Quizá si hubiera sabido lo que me esperaba el día de mi boda, habría tenido tiempo de ensayar el papel que me habías reservado. Desgraciadamente, nada me había preparado para tener que aceptar como regalo de boda un hijo que mi marido había tenido con otra mujer.

Si él hubiera replicado o no, Julia no lo sabría nunca porque en ese momento, entró el cirujano.

—¿Señor Carreras? Soy el doctor Burns. Acabamos de operar a Michael y quiero que sepan que todo ha ido perfectamente. Era una estenosis pilórica, como habíamos imaginado.

Julia esperaba que Ben hiciera alguna pregunta, pero se quedó callado, como si estuviera en trance.

—¿Se va a poner bien, doctor Burns?

—Si no hay complicaciones, y no creo que las haya, muy pronto se llevarán de aquí un niño mucho más feliz que cuando entró.

—¿Podemos verlo?

—Solo durante unos minutos. Está durmiendo y, por su aspecto, creo que ustedes deberían hacer lo mismo.

El doctor los acompañó hasta una pared de cristal tras la cual estaba el niño dentro de una cunita de plástico, con tubos enganchados en la nariz y los brazos.

Ben lo miraba con lágrimas en los ojos.

—Es fuerte como su padre, Ben —dijo ella, tomando su mano—. Va a ponerse bien.

—Tiene que ponerse bien —murmuró él, apretando su mano como si fuera lo único que lo mantenía en pie.

Cuando la miró, Julia pudo ver todo el sufrimiento del hombre en sus ojos.

Sin palabras, se llevó la mano a los labios y la besó.

—Una vez me preguntaste qué sentiría si descubriera que el niño no es mi hijo. Entonces no sabía la respuesta, pero ahora sí. Quiero a ese niño, sea hijo mío o no.

Poco después, salían del hospital. Julia conducía a través de la autopista que llevaba a White Rock.

—¿Cuándo decidiste llamarlo Michael?

—Cuando lo llevé al hospital tuve que rellenar un montón de papeles.

—Ni siquiera sabía que habías estado pensando nombres —dijo ella, intentando esconder la pena que eso le producía. Había esperado que el nombre lo eligieran los dos.

—Y no lo había hecho. Pero esta noche me di cuenta de que, aunque insistía en reclamarlo como mi hijo, no había hecho nada para probar que

lo era. No le había dado nada. Por el momento, solo era un niño sin nombre que residía en mi casa.

—Le has dado un hogar, Ben. Le has abierto tus brazos y tu corazón. Eso es mucho más que darle un nombre. Eres un padre maravilloso.

—Si soy tan maravilloso, ¿cómo no me había dado cuenta de que lo que tenía no era un cólico?

—¿Y cómo ibas a saberlo? Nunca has cuidado de un niño. Ninguno de los dos lo hemos hecho.

—Esa no es excusa. Yo tengo que cuidar de él. Su supervivencia depende de mí y no he hecho nada...

—Deja de culparte a ti mismo —lo interrumpió ella—. Eres humano, como el resto de nosotros. Tú...

—No intentes suavizarlo, Julia. Los dos sabemos que si no hubiera pasado tanto tiempo intentando que tú fueras feliz, me habría dado cuenta antes de que tenía que llevarlo al hospital.

Después de aquel hiriente comentario, Ben no volvió a hablar durante el resto del camino. Era como si ella no estuviera a su lado.

Habían llamado a Felicity desde el hospital para decirle que todo iba bien y, cuando escuchó el ruido del garaje, la anciana bajó a recibirlos.

Sin decir una palabra, Ben se echó en sus brazos para aceptar el consuelo que Julia hubiera querido darle.

Más vulnerable de lo que nunca lo había visto, apoyó la barbilla en la cabeza de su abuela y suspiró, derrotado.

—Ha sido una noche muy larga, pero todo va a salir bien, gracias a Dios. Ahora, id a la cama y dormid hasta la hora que queráis. Yo me encargaré de contestar el teléfono.

Mirando la escena, Julia se sentía fuera, como si no fuera su esposa, como si no fuera de la familia y el viejo resentimiento volvió a aparecer.

Aquella vez, sin embargo, la rabia iba dirigida contra sí misma.

Había prometido ante Dios apoyar a su marido en las alegrías y en las penas y, en una semana, había roto esa promesa una y otra vez.

Era lógico que cuando necesitara consuelo, no lo buscara en ella. ¿Por qué iba a hacerlo si no había estado a su lado cuando la necesitaba?

En silencio, se dirigió a la cocina y se quedó mirando por la ventana las luces de la playa. Ben tenía razón, los dos habían fallado en su papel de padres.

Después de un rato, cuando pensó que Ben estaría dormido, lo siguió arriba, a la habitación que habían compartido solo una noche.

Fue allí no porque pensara que él iba a recibirla con los brazos abiertos, sino porque su abuela ocupaba la única habitación amueblada de la casa.

Pero Ben no estaba allí. Lo encontró en la habitación del niño, mirando la cuna vacía. Parecía en cierto modo incompleto sin el cuerpecito del niño pegado a su pecho y tan desolado que Julia tuvo que abrazarlo. Incluso si él la rechazaba, al menos tenía que hacerle saber que estaba allí para él cuando la necesitaba.

Durante un par de minutos estuvieron abrazados y después Ben se dejó llevar hasta la habitación. Julia lo ayudó a desvestirse y lo cubrió con las sábanas.

Después, fue al cuarto de baño para desnudarse y lavarse los dientes.

Esperaba encontrarlo dormido cuando volviera, pero se dio cuenta de que estaba mirando al techo. Deseaba abrazarlo, no para despertar su pasión, sino para absorber parte de su dolor.

Pero él había colocado una barrera que no se atrevió a penetrar.

Julia se despertó antes del amanecer.

Él, dormido, le había pasado un brazo sobre los hombros y Julia prefería morir antes que apartar aquel brazo, lo único que la unía a su marido en ese momento.

Felicity se había levantado cuando Ben bajó medio dormido a la mañana siguiente.

La ágil anciana había puesto la mesa para tres y el aroma a café recién hecho llenaba la cocina.

—¿Qué hora es? —preguntó él, mirando el reloj de la pared—. ¡Tengo que llamar al hospital!

—Ya lo he hecho yo —dijo Felicity, sin dejar de batir huevos—. Michael está estupendamente y lo han llevado a una habitación. La

enfermera ha dicho que podéis ir cuando queráis, pero que era mejor ir después de las once. Por cierto, estoy haciendo tortillas. ¿Qué quieres que ponga en la tuya, champiñones o queso?

La noche anterior no habría podido probar bocado, pero de repente, con su hijo recuperado, Ben descubrió que estaba hambriento.

—Las dos cosas, gracias.

—Estupendo.

—¿Cómo consigues tener un aspecto tan distinguido a estas horas, Felicity? No tienes un pelo fuera de su sitio. Ahora entiendo por qué Julia es tan elegante —dijo Ben, mientras se servía un café—. Y hablando de Julia, ¿dónde está?

—En el jardín, cortando rosas. ¿Por qué no le llevas una taza mientras yo termino las tortillas?

Ben no estaba seguro de si quería hacerlo. La noche anterior había descubierto la futilidad de intentar que ella aceptase su pasado. La triste verdad era que no podía, aunque Julia hubiera mostrado preocupación por Michael.

No era culpa suya, aunque tampoco tenía sentido seguir intentando engañarse a sí mismo, pensando que su matrimonio iba a tener el final feliz que habían soñado.

Pero no era el momento de decírselo a Julia, aunque sabía que sí era el mejor momento para pedirle consejo a Felicity.

—No vais a poder evitaros indefinidamente —dijo Felicity entonces, como si hubiera leído sus pensamientos.

—Supongo que no —se encogió Ben de hombros filosóficamente—. Deséame suerte, Felicity.,

La encontró al final del jardín, donde un rosal cubierto de capullos de color amarillo cubría una de las paredes. Cuando Julia lo vio dirigirse hacia ella, se quedó rígida, como si esperase que él fuera a sacar una pistola.

—Relájate, Julia. No voy a morderte.

Aunque tampoco le habría importado... ella estaba como para comérsela. Con el pelo sujeto por una diadema roja, la piel bronceada, la boca rosada y perfecta...

—Suponga que sabrás que Michael ha salido de urgencias —le dijo, dándole su taza de café.

—Sí —dijo ella—. No sabes cómo me alegro.

—Entonces, ¿por qué esa cara larga, Julia?

—Sé que Michael va a recuperarse, Ben. Pero no sé si podremos recuperar nuestro matrimonio.

Al menos, era ella quien sacaba el tema, pensó.

—Me temo que tienes razón —dijo él con voz grave. A Julia se le escapó entonces un gemido que le partió el corazón—. No, por favor.

Ben hubiera deseado tomarla en sus brazos, pero sabía que no debía hacerlo. Al menos, no en aquel momento. Sus propias emociones eran demasiado frágiles.

—Yo quería hacer que esto funcionara —murmuró ella—. Tenía tantas esperanzas...

Ben nunca la había visto llorar antes de que se casaran, pero desde entonces parecía que era lo único que había hecho. Aquella vez, sin embargo, era diferente. No había sollozos, ni lágrimas de desilusión. Su llanto era silencioso y sus lágrimas rodaban una tras otra por su cara.

—Todo el mundo tiene esperanzas cuando acaba de casarse. Nadie espera que el matrimonio vaya a romperse en la primera semana —asintió él, metiéndose la mano en el bolsillo. Tenía que hacer algo, cualquier cosa para no abrazarla—. Si hubiera sabido lo que nos esperaba, nunca te habría pedido que te casaras conmigo.

—Es culpa mía...

—No. Si quieres culpar a alguien, culpame a mí. Te he pedido demasiado.

—Si te dijera que para mí lo peor ha pasado, ¿cambiaría eso algo?

—Cariño, esto nunca va a pasar, ¿es que no te das cuenta?

—¡Pero yo quiero a Michael!

—Deseas quererlo. No es lo mismo, Julia.

—Te equivocas —replicó ella. Incluso Ben tenía que admitir que había una profunda convicción en su voz—. Cualquier duda que hubiera podido tener se resolvió anoche cuando lo vi en el hospital. Si no lo sabía antes, ahora sé que no podría quererlo más aunque fuera mi propio hijo. Estoy dispuesta a ser su madre, Ben.

—¿Y Marian? ¿Estás dispuesta a aceptar que ella siempre será la madre natural de ese niño? ¿Que nunca podré apartarla de nuestras vidas

del todo? ¿Que no quiero hacerlo porque eso no sería justo para Michael? ¿Estás dispuesta a soportar que un día quiera conocerla? ¿Que yo le cuente a mi hijo que es una mujer que se merece su respeto y su amor?

—Yo...

—¡Espera, Julia, no he terminado! —la interrumpió él. Tenía que terminar lo que iba a decir. Hacerla creer que Marian iba a desaparecer de sus vidas sería como poner una tirita en un tejado roto; más tarde o más temprano, toda la casa se derrumbaría—. ¿Cómo vas a reaccionar cuando Michael pregunte si puede venir a visitarlo o si puede ir a pasar un tiempo con ella? ¿Qué vas a hacer si quiere tener una fotografía suya en la habitación? ¿Si decide llamarla mamá? Porque todo eso podría ocurrir, Julia. Puede que no vaya a ser ella la que le limpie la nariz, ni la que lo cuide cuando esté enfermo, pero siempre estará en su vida y, por extensión, en la tuya. Ella es parte de él y yo no voy a hacer que se sienta avergonzado de su madre, ni voy a faltarle al respeto.

Julia se sentó en un banco del jardín, mirando sus manos. Las examinó durante tanto tiempo que Ben creyó que estaba a punto de golpearlo. Y debería hacerlo. Porque había utilizado todo el arsenal que poseía para obligarla a abandonarlo, creyendo que de ese modo Julia encontraría otra persona a la que amar, otro hombre que no tuviera su pasado. Aunque se le rompía el corazón haciéndolo.

Ella tomó las rosas que había cortado y se las llevó a la cara.

—¿Me estás pidiendo el divorcio?

En ese momento, Ben tuvo una extraña percepción, la imagen de Julia embarazada, amable y casi insoportablemente bella.

Pero no lo estaría de su hijo porque él lo había estropeado todo.

—Yo creo que sería lo mejor.

—¿Y si no te lo doy? ¿Si te digo que yo ya había pensado en todo eso y lo he aceptado?

—Eso es fácil de decir, Julia, pero difícil de comprobar.

—Pues esto es más difícil todavía. Aceptaré el divorcio si puedes mirarme a los ojos y decirme que ya no me quieres. Y esa es la única razón por la que yo abandonaré este matrimonio.

—¡Por favor, Julia!

—Vamos, Ben. Mírame y dímelo.

—No puedo hacerlo y lo sabes.

—Entonces, ¿por qué estamos discutiendo? —dijo ella entonces, con una sonrisa que ensombrecía el sol.

Después, se puso de puntillas y lo besó suavemente en los labios.

Aquel simple gesto lo encendió.

Toda la angustia y la tristeza que había soportado durante una semana pareció desvanecerse.

La suave y sedosa piel bajo sus manos, la dulce presión del cuerpo femenino contra sus partes más sensibles, la trampa de sus labios... ¿cómo podía combatir todo aquello? Incluso las hombreras de su vestido parecieron deslizarse bajo su hechizo, dejando al descubierto sus pechos.

Ben la llevó hasta el otro lado de la casa, donde nadie podía verlos y disfrutó de su belleza, acariciando suavemente su espalda.

—Ah... —suspiró ella, apretándose contra él—. Me encanta que me toques así. Te quiero... te quiero todo entero, esto y esto...

—Sigue así y lo haremos aquí mismo —la advirtió él con voz ronca—. Estoy sin fuerzas, Julia.

—Qué bien —susurró ella, haciendo que su presión sanguínea aumentara hasta niveles increíbles, mientras acariciaba sus partes íntimas con todo el descaro de una recién casada.

—Esta no es buena idea —insistió él, con la misma autoridad que Gruñón cuando descubrió a Blancanieves en su cama—. Los dos sabemos que no podemos utilizar el sexo para resolver nuestros problemas.

—Yo no estoy de acuerdo con esa teoría —susurró su mujer, mientras jugaba con la cremallera de su pantalón—. De hecho, —siguió, bajándole los pantalones hasta las rodillas— yo creo que tener relaciones íntimas con la persona que quieres... así... puede hacer milagros.

Ben estaba a punto de explotar.

Apoyándola sobre un árbol, levantó su vestido y tiró de sus braguitas, que se deslizaron hasta sus tobillos. Cuando la tocó se dio cuenta de que él no era el único en estado de excitación rampante. Ella estaba ardiendo y húmeda de deseo...

Pero Julia no le dio tiempo para pensar. Con destreza recientemente adquirida, lo tomó en su mano y lo colocó donde deseaba tenerlo.

—¿Qué van a pensar los vecinos? —murmuró Ben sobre su boca.

Pero Julia contestó con una risita.

Sabía que a los dos les daba igual los vecinos en aquel momento.

Enardecido, Ben apretaba su trasero y la embestía con toda la fuerza y toda la pasión que había tenido contenida. Con los ojos abiertos, Julia echaba la cabeza hacia atrás, acelerando el ritmo.

—Tranquila, cariño —suplicó Ben.

—No puedo... —gimió ella—. No puedo...

Él tampoco podía. Se estaba contrayendo alrededor de él, enviándolo al delirio. Se escuchó a sí mismo gritar y escuchó al mismo tiempo un gemido de ella, seguido de un suspiro. Después sintió las lágrimas de Julia mojando su cara.

Exhausto, se dejó caer en la hierba, sin soltarla. Estaba temblando, el corazón a punto de salirse del pecho.

Gradualmente, los dos volvieron a la realidad. Sobre sus cabezas, las rosas recortadas contra el cielo. Pegada a su cuerpo, Julia, oliendo a flores y a amor.

Si hubiera podido elegir, se habrían quedado de esa forma durante toda la eternidad.

Nunca antes se había sentido tan feliz, tan completo.

—¿Sigues queriendo hablar de divorcio? —preguntó ella, tentadora.

—¡Como si no supieras la respuesta! ¿Ha sido mi imaginación o he pegado un grito en el momento crucial?

—No ha sido tu imaginación —rio ella—. Probablemente, te habrá oído mi abuela. Y los vecinos...

—Me he dejado llevar —sonrió él.

—¿Te imaginas que a mi abuela se le hubiera ocurrido salir al jardín? —rio ella.

Ben se dejó caer de espaldas sobre la hierba para subirse los vaqueros.

—Vamos, señora Carreras, póngase decente. No quiero que arruine mi imagen.

Capítulo 9

CUANDO BEN volvió a bajar a la cocina, duchado y afeitado, Felicity estaba sacando las tortillas del horno, donde las había guardado para que no se enfriaran.

—Se me ha olvidado decirte que esta mañana he hablado con tus padres, Julia. Se supone que teníamos que desayunar juntos en el club, pero les he contado lo de Michael y lo han entendido.

La mención a sus suegros fue todo lo que Ben necesitaba para volver a la realidad.

—Supongo que no estarían muy interesados en el asunto. Dejaron muy claro el día de la boda que no pensaban aceptar a mi hijo en su familia.

—Dales tiempo, Ben —sonrió la mujer—. Acabarán aceptándolo.

—Lo dudo. No quiero ser grosero, pero me parece que ni tu hijo ni su mujer tienen tu generosidad de espíritu —insistió él—. Pero, en fin, yo tengo otras cosas de las que preocuparme. Julia, ¿vas a venir conmigo al hospital?

La mirada que ella le dirigió desde el otro lado de la mesa hubiera derretido un pedazo de granito.

—¿Tú qué crees? Claro que voy contigo. Es mi niño, ¿recuerdas?

¿Por qué Ben seguía sintiéndose incómodo, por qué seguía pensando que aquella capitulación había llegado con demasiada facilidad?

—No tienes que hacerlo, cariño —le recordó él en voz baja—. Me sentiría más feliz si fuéramos paso a paso.

—Lo que he dicho antes lo he dicho de corazón.

—Has dicho muchas cosas antes —rio él—. ¿A cuál te refieres exactamente?

—¡Que somos una familia! —exclamó ella—. Ben, quiero respetar todas las promesas que nos hicimos en el altar. No solo unas cuantas.

—Pues entonces soy un tipo con suerte.

Ben había intentado que su voz sonara alegre, pero seguía pensando que sus palabras habían sido pronunciadas porque no tenía otra elección si quería que su matrimonio no se rompiera.

—Lo digo de verdad. Te quiero, Ben. Ser tu esposa es lo más importante del mundo para mí.

—¿Y Michael?

—Quiero lo mejor para él, por eso he decidido dejar de trabajar. Quiero cuidar de él durante todo el día, no solo por las tardes y los fines de semana.

—Yo nunca te pediría que dejaras tu trabajo, Julia —objetó él—. Te encanta lo que haces y has trabajado mucho para llegar donde estás. A tu edad, no hay muchas mujeres directoras de marketing en una gran empresa.

—Mis prioridades han cambiado. Buscar mercados y crear anuncios ha dejado de ser importante para mí.

Él la miró muy serio.

—¿Te das cuenta de que esto es un giro de ciento ochenta grados en tu vida? Hace dos semanas estabas dispuesta a aceptar un ascenso.

—Porque no habíamos planeado tener familia enseguida. Pero ahora que la tenemos... —Julia dejó que su sonrisa terminara la frase por ella.

Obviamente, ella estaba convencida, de modo que ¿por qué iba a dudar él?

—En ese caso, vámonos. Felicity, ¿quieres venir al hospital con nosotros?

—Gracias, pero prefiero marcharme a casa —contestó ella—. Tu niño tiene suficientes problemas como para tener que soportar un montón de gente extraña mirándolo.

El enorme globo que flotaba sobre la cunita de Michael, regalo de la abuela Felicity, hizo que Ben sonriera. No así el enorme ramo de flores sobre la mesa, con una nota que decía: *Te deseamos una rápida recuperación. Stephanie y Garry Montgomery.*

—Al menos, han enviado algo —dijo Julia—. Y las flores son muy bonitas.

Ben entendía que Julia defendiera a sus padres, aunque a él le habría gustado tirar el ramo por la ventana. Pero ver a su hijo despierto y alegre le hacía sentirse generoso.

—Tienes muy buen aspecto, Michael.

—¡Conoce tu voz! ¡Mira, está sonriendo!

Era cierto. El pequeño había descubierto sus desdentadas encías en un gesto que se parecía mucho a una sonrisa.

—Es increíble —murmuró Ben, atragantado de emoción.

El médico entró en la habitación un poco después, con más buenas noticias.

—Su hijo es un niño muy fuerte. Si sigue recuperándose así, podrán llevárselo a casa el miércoles.

Durante los siguientes cinco días, Ben repartió su tiempo entre el hospital y la oficina, saliendo de la casa temprano y volviendo por la noche, aunque Julia y él se encontraban en la cafetería del hospital para comer juntos.

Pero el segundo día que había tenido que cenar sola, empezó a protestar.

—Yo quiero pasar tanto tiempo con Michael como tú, Ben, pero ¿también tienes que ir a trabajar? Solo te veo en la cama.

—Es verdad —sonrió él, seductor—. Y debo decirte que me encanta.

—Pero yo esperaba que pudiéramos pasar estos últimos días en una especie de luna de miel.

—Cariño, —murmuró él, tomándola en sus brazos— hemos pospuesto la luna de miel, no la hemos cancelado. En cuanto las cosas se solucionen, voy a llevarte a una isla, a rodearte de atenciones y... a darte el mejor sexo que te puedas imaginar.

—Pero no quiero que trabajes tantas horas. Estás fuera todo el día.

—Tengo que solucionar cosas en el trabajo y atender otros asuntos. Si lo hago ahora, después podré sacar más tiempo para ti.

—¿No serán asuntos con Marian? —preguntó Julia.

Ben descubrió, aliviado, que no había hostilidad en la pregunta.

—Más o menos. Michael tiene mi ADN, pero el día que lo llevé al hospital me percaté de que eso no me da ningún derecho porque mi nombre no está en la partida de nacimiento.

—Y, sin embargo, fue a ti a quien pidieron permiso para operarlo.

—Solo porque los amenacé con poner una denuncia si no se olvidaban de la burocracia y operaban a mi hijo inmediatamente. Pero la verdad es

que, legalmente, no tenía ningún derecho a hacerlo y no quiero volver a pasar por eso. Cuando Michael vuelva a casa, los papeles de la custodia estarán en curso. Le ruego a Dios que nunca vuelva a pasarle algo malo, pero si ocurre quien tendrá que firmar los papeles seremos tú o yo.

—Tienes razón —sonrió ella—. Y no te preocupes por mí. Tengo cosas que hacer mientras tú te encargas de los papeles.

—¿Vas a volver a trabajar? —preguntó, desanimado.

Nunca le pediría a Julia que dejara su trabajo, pero la idea de dejar a Michael con una niñera todo el día le parecía espantosa.

—No. He llamado a la empresa para rescindir mi contrato, pero tengo muchas cosas que hacer en la casa. No habíamos pensado tener un niño cuando empezamos las reformas y te aseguro que cuando haya terminado, este va a ser un paraíso para Michael.

Julia hizo honor a su palabra. Arregló la habitación del niño, pintando nubes y globos en el techo, compró ropa, música infantil, una lámpara giratoria y una silla de madera decorada con ositos.

—Estás loca —dijo Ben, tomándola por la cintura para sentarla sobre la encimera—. Michael no podrá sentarse en esa silla hasta dentro de un año por lo menos.

—Pero yo la quiero tener aquí, preparada para él.

Julia llevaba pantalones cortos y Ben deslizó una mano por sus muslos, disfrutando de la mirada apasionada que provocaba el roce.

—¿Y estás preparada para mí? —murmuró con voz ronca, sabiendo que sí lo estaba.

Le hizo el amor allí mismo, rápida y furiosamente porque cuando estaba encerrado en su cálida cueva, siempre sentía que nada podría volver a separarlos nunca.

Al día siguiente, Julia compró un parque y muchos muñecos de peluche.

—Me parece que tú estás disfrutando más que Michael —sonrió Ben, inclinándose hacia ella, que colocaba los juguetes en el parque.

Aquella vez también hicieron el amor, pero Ben pudo contenerse lo suficiente como para llevarla a la habitación y desnudarla antes de tum-

barla en la cama. Después, los dos se quedaron en silencio disfrutando el uno del otro.

—Por cierto, en esta casa ha habido mucho sexo últimamente, pero no hemos hablado de anticonceptivos. Sé que fuiste al médico antes de casarnos y que pensabas tomar la píldora, pero no...

—La estoy tomando —dijo ella—. Bueno, casi todos los días.

—¿Casi todos los días?

—La verdad es que se me ha olvidado un par de veces, cuando Michael se puso malo.

Ben lo entendía. Entre la preocupación y la falta de sueño, él mismo había estado despistado durante toda la semana anterior.

Otro día, Julia apareció en casa con una mecedora.

—Se la prometí a Michael la noche que se puso malito.

Ben no podía discutir. La mecedora era preciosa y muy cómoda. Podría quedarse dormido en ella con su hijo en brazos y la idea le gustaba.

Pero tuvo que ponerse serio el martes, el día antes de que Michael volviera a casa, cuando Julia llegó a casa con un perro.

—Me hubiera gustado que me lo dijeras —dijo Ben, mirando al animal que corría por el jardín—. Muebles y peluches es normal, pero un perro... ¿No podías haber esperado un poco más?

—Pero Ben, tener una mascota es maravilloso para una familia.

Parecía tan convencida que Ben no tuvo corazón para decirle que podía haber elegido un pez.

—Bueno, la verdad es que es bonito.

—Y muy bueno con los niños.

—¿Dónde lo has encontrado?

—En la perrera. Sus dueños estaban destrozados por haber tenido que dejarlo allí.

—¿Y qué ha hecho para que lo lleven a la perrera? ¿Se ha comido a la abuela?

—¡Ben! —exclamó ella, tapando las orejas del perrillo, como para que no oyera el insulto—. Se han ido del país y no podían llevárselo. El pobre estaba en la perrera con una carita de pena...

Ben sabía que no podía seguir quejándose después de todo lo que le había pedido.

Y, en realidad, el animal parecía encantador.

Y listo. Como si supiera que su futuro dependía de caerle bien, se colocó a los pies de Ben y prácticamente le sonrió.

—¿No tendrá pulgas?

—¡Por supuesto que no! —exclamó ella, ofendida.

—Cuando yo era pequeño, los perros de las granjas siempre tenían pulgas. Por eso no se les permitía entrar en las casas.

—Pero es que este no es un perro de campo. Es un perro que ha vivido en una casa y está muy bien educado.

—¿Cómo se llama?

—Clifford.

—Pues debería llamarse Oscar —rió Ben cuando el perrillo levantó una pata para saludarlo—. ¡Menudo actor!

—Entonces, ¿no te importa que nos quedemos con él?

¿Sabría Julia que, cuando lo miraba de esa forma, no le habría importado aceptar que tuvieran una boa constrictor en la bañera?

—Claro que no.

—¡Oh, Ben! —exclamó ella, enredando los brazos alrededor de su cuello—. Te quiero mucho.

—Yo también y estoy dispuesto a probártelo —dijo su marido, tomándola de la mano para llevarla a la casa—. Pero no pienso dejar que Clifford nos mire.

El domingo por la tarde, los padres de Julia aparecieron por allí.

—Hemos pensado que debíamos venir a visitaros —anunció Stephanie, con el tono del que hace un gran favor—. Julia, cariño, pareces agotada. ¿Cuándo va tu marido a contratar alguien que se encargue de su hijo?

—Mi hijo se llama Michael —dijo Ben, intentando ser educado.

—¿De verdad? —dijo Stephanie, levantando sus depiladas cejas—. ¿Es el nombre de alguno de tus ancestros, Benjamin?

—No.

—Entonces, ¿de la familia de su madre? —preguntó Stephanie, con muy mala idea.

—No lo sé. Si alguien conoce bien el árbol genealógico de los Montgomery, esa eres tú.

Stephanie cerró la boca inmediatamente y se dedicó a mirar la cocina con ojo crítico.

—¿Es uno de tus diseños?

—Sí. ¿Te gustaría que hiciera uno para tu casa?

—¡No! —exclamó ella, sin delicadeza alguna.

—Mejor. Porque tendrías que esperar un año.

—Voy a enseñarte el resto de la casa, mamá —dijo Julia, advirtiendo a su marido con la mirada que debía comportarse.

Él se encogió de hombros como disculpa.

Aquella mujer era capaz de volver loco a cualquiera.

Cuando las mujeres se fueron, el padre de Julia se aclaró la garganta.

—A veces mi mujer dice cosas que... pero no se lo tomes en cuenta. En realidad, es muy tímida.

Su mujer era una bruja, le hubiera gustado decir, pero no tendría sentido.

Garry Montgomery estaba tan domesticado por ella que su espíritu había muerto años atrás. Lo que Ben no entendía era cómo Felicity podía haber tenido un hijo tan débil.

—¿Cómo está el niño? —preguntó entonces Garry—. ¿Podrá llevar una vida normal... cuando crezca?

—Sí, Garry. No le han cortado nada —contestó Ben, intentando contener la risa—. Tenía el píloro demasiado pequeño, eso es todo. Le ocurre a uno de cada cien niños y se opera sin problemas. Lo máximo que le puede pasar a Michael cuando sea mayor es que su novia le pregunte cómo se hizo la cicatriz.

El hombre miró hacia la puerta por la que había desaparecido su mujer y soltó una risita.

—¿Te apetece tomar una cerveza?

—No he tomado una cerveza hace años —contestó Garry.

—Entonces, la tomaremos en el jardín. Hace un día estupendo y a Clifford le vendrá bien la compañía.

Stephanie se reunió con ellos diez minutos después.

—Tenemos que irnos, Garry —le ordenó, mirando a Clifford con cara de pocos amigos.

El animal no parecía entender la diferencia entre sus piernas y un árbol y la estaba oliendo con propósitos escatológicos.

—Aún no he terminado la cerveza —dijo Garry—. Además, me apetece ver el resto de la casa.

Si su marido hubiera saltado y la hubiera mordido en la cara, Stephanie no habría parecido más sorprendida.

—Tendrás que verla en otro momento. El niño está berreando y la pobre Julia está intentando calmarlo, aunque no entiendo por qué tiene que hacerlo ella.

—A Julia le gusta cuidar de Michael —dijo Ben—. A los dos nos gusta ser padres.

—Qué bien —sonrió la mujer con frialdad—. Vámonos, Garry.

Derrotado, Garry dejó su cerveza sobre la mesa del jardín y la siguió hasta el coche.

—Te enseñaré la casa la próxima vez que vengáis. Ah, por cierto, gracias por las flores que enviasteis al hospital.

—Ya, bueno... —Stephanie volvió a mirar la fachada de la casa con rictus de desprecio antes de entrar en el coche—. Si esto es lo que Julia y tú queréis, os deseo lo mejor.

En realidad, lo que quería decir era que le gustara que él y su hijo bastardo desaparecieran de la vida de su hija, pero eso Ben lo había sabido desde el principio.

Julia no se dio cuenta de que se había quedado dormida con el niño en brazos hasta que Ben la tocó en el hombro.

—¿Por qué no me quedo yo aquí un rato y tú duermes un poco?

—Es la mecedora —dijo ella, disimulando un bostezo—. Es demasiado cómoda.

—A mí me parece que estás durmiendo poco. La verdad es que tu madre tiene razón. Pareces cansada, cielo.

—Estoy bien. ¿Mis padres siguen aquí?

—Se fueron hace diez minutos.

—Me alegro —suspiró ella.

—Creí que te alegrarías de verlos. La verdad es que no pensé que vendrían hasta aquí solo para ver a Michael.

—Ben, tú sabes que eso no es lo que ha hecho que mi madre abandonara su partido de golf —sonrió ella—. Estaba esperando encontrarme haciendo las maletas. Incluso me ha preguntado hasta cuándo pensaba aguantar esta situación.

—¿Y cuánto tiempo vas a aguantar, Julia?

—Para siempre —contestó ella—. Se lo he dejado muy claro. No pienso darle oportunidad de que me diga: «Te lo advertí».

Ben se puso en cuclillas y la miró a los ojos.

—¿Es esa la razón por la que aguantas, para no tener que reconocer que...?

—Por supuesto que no —lo interrumpió ella, dolido—. Estoy aquí porque te quiero. Y porque quiero a Michael.

—Eso espero —suspiró él—. Porque dada la situación, no podrías tener a uno sin el otro.

—Lo sé. Y no quiero que sea de otra manera.

—Muy bien —murmuró Ben.

Julia se dio cuenta de que no estaba convencido del todo.

—¿Por qué no puedes aceptar eso? ¿Qué tengo que hacer para probártelo?

—Quizá dejar de intentar probármelo, Julia. Creo que, con el tiempo, tu padre acabará aceptando la situación. Stephanie es otra historia, pero sigue siendo tu madre y no espero que te alejes de ella para convencerme de que quieres seguir a mi lado para siempre.

—¿Qué esperas entonces?

—Que te tomes las cosas con calma. Lo que importa es que hagas lo que quieras hacer, no lo que crees que debes hacer.

—Yo sé la diferencia —dijo ella—. Y recuerda el consejo de mi abuela, Ben. No busques problemas donde no los hay.

Unos días después, a Ben le surgió un viaje de negocios.

—Voy a uno de esos balnearios. Ya sabes, donde las mujeres ricas van a quitarse los kilos.

—Sí —sonrió ella—. Pero se llaman curas de adelgazamiento.

—Ya, bueno. El propietario insiste en que vaya yo personalmente porque quiere hacer reformas para atraer a los ricos y famosos.

—Pues ve —dijo ella—. Solo serán unos días y Michael y yo estaremos perfectamente.

—Pero te iría bien un cambio y es una zona preciosa.

—Y también muy calurosa.

—Sí, pero hay un buen hotel cerca del lago y podrías relajarte un poco. Ven conmigo, Julia. Será una pequeña luna de miel.

—Pero si no podremos estar juntos. Tendrás que estar trabajando...

—Por la noche estaré contigo. Eso es mejor que nada.

Lo era, aunque no mucho, y al final Julia lo persuadió de que era mejor que Michael y ella se quedaran en casa.

—Los niños tan pequeños no soportan bien el calor, especialmente si no están acostumbrados. Y se está recuperando tan bien que prefiero no arriesgarme a que recaiga.

Aquello lo convenció y Ben se fue dos días más tarde, solo.

—Te llamaré todas las noches, te lo prometo —se despidió, abrazándola.

—Vuelve pronto —sonrió Julia.

—Ya sabes que sí. El acuerdo sobre la custodia empieza la semana que viene y no voy a perdérmelo por nada del mundo. Volveré durante el fin de semana.

Por supuesto, Julia lo echó de menos, especialmente por la noche cuando solo podía abrazarse a la almohada. Pero disfrutaba teniendo el niño para ella sola. Sabía que era natural que, dada la enfermedad de Michael y las tristes circunstancias de su nacimiento, Ben se hubiera

lanzado de cabeza a su papel de padre, pero eso había hecho que ella se sintiera como un accesorio, más que una parte esencial de la familia.

Con Ben lejos, Julia se sentía por primera vez una verdadera madre y le encantaba. ¿Qué podía ser más dulce que el aliento de un niño en su cuello? ¿Qué otra cosa enternecía más el corazón de una mujer que la sonrisa desdentada de un niño?

Los días pasaban con tranquilidad y Julia no tenía miedo de estar sola en la casa porque Clifford había empezado a interpretar su papel de perro guardián en cuanto Ben desapareció. A veces dormía a los pies de su cama y otras lo encontraba en la habitación de Michael, al lado de la cuna.

—¡Estoy orgullosa de vosotros dos! —le dijo un día su abuela—. No muchas parejas hubieran sabido resolver este problema. Pero Michael está creciendo estupendamente y está claro que te mira como a su mamá.

—Nunca había sabido que se pudiera querer a alguien de esta forma —murmuró Julia, con los ojos llenos de lágrimas—. Lo adoro, abuela, y no sé por qué estoy llorando. Nunca había sido tan feliz.

En realidad, aquella semana cualquier cosa la emocionaba: el atardecer, Michael durmiendo plácidamente, Clifford corriendo escaleras abajo con uno de sus juguetes en la boca, la fotografía de su boda...

Aquello fue la primera pista para que Julia sospechara que Michael pronto compartiría la habitación con un hermanito o una hermanita.

Y cuando se hizo la prueba del embarazo, sus dudas se disiparon del todo.

Olvidarse de tomar la píldora un par de días había sido suficiente para que empezara una nueva vida.

Capítulo 10

BEN VOLVERÍA el domingo por la noche y Julia decidió esperar hasta entonces para darle la noticia. No estaba segura de cómo iba a tomársela y estaba un poco nerviosa. Ella siempre había querido quedar embarazada inmediatamente después de casarse y su marido no había tenido tiempo para disuadirla. ¿Pensaría que había olvidado tomar la píldora a propósito para salirse con la suya? O peor, ¿que era una forma de vengarse porque él no le había dejado más opción que aceptar a Michael?

Julia nunca habría creído que darle a su marido la noticia de que estaba esperando un niño pudiera despertar más que alegrías, pero habían ocurrido demasiadas cosas como para creer que una alianza de matrimonio era una varita mágica que solucionaba todos los problemas.

El matrimonio, aunque las dos personas estuvieran muy enamoradas, no era una garantía de felicidad; solo era tan fuerte como el compromiso que tuvieran un hombre y una mujer. El de Ben y ella había sufrido muchas convulsiones y quizá la noticia de un nuevo hijo sería fatal.

Pero sus miedos pasaron a un segundo plano cuando el viernes por la noche sonó el timbre y Julia se encontró frente a frente con Marian Dawes.

—Tenía que venir —dijo la mujer, ante la expresión atónita de Julia—. Tenía que verlo una última vez antes de firmar los papeles de custodia. Por favor, no me diga que me vaya.

Sin decir nada, Julia le indicó que entrase, perpleja al ver el moretón que tenía en la cara y que le llegaba hasta el ojo.

—Gracias. Muchas gracias, señora Carreras. Se lo agradezco mucho.

—¿Ha tenido un accidente? —le preguntó Julia, tomando su brazo.

La mujer estaba temblando.

—No... —Marian se cubrió instintivamente la cara con la mano—. Es que... me he dado un golpe con la puerta del coche.

Julia no la creyó en absoluto.

—Venga a la cocina, le daré un poco de hielo.

—No quiero causarle problemas. Si pudiera ver un momento a mí... al niño. Me iré enseguida.

—Michael está durmiendo, pero se despertará dentro de cinco minutos. Venga, voy a prepararle una copa. Me da la impresión de que la necesita.

En realidad, ella misma necesitaba una copa. Se sentía enferma por dentro. Enferma y, si era sincera, asustada. Que la mujer estaba angustiada estaba claro, pero eso no explicaba su insistencia en ver a Michael.

¿Habría cambiado de opinión sobre entregar al niño a Ben?

—Supongo que sabrá que el acuerdo de custodia tiene que ser firmado el lunes —dijo, poniendo hielo en un paño.

—Sí. Por eso he venido a ver a Michael. No sabía si lo llevaría usted el lunes.

—Siéntese, Marian, y póngase el paño en la cara. Iba a prepararme un té, pero si usted prefiere algo más fuerte.

—Té está bien —suspiró la mujer—. Pero no quiero que se moleste.

—No es molestia.

—¿El niño está mejor desde la operación, señora Carreras?

—Sí, mucho mejor. Y llámame Julia, por favor.

—No me lo merezco —dijo la mujer con los ojos llenos de lágrimas—. . Estropeé el día de tu boda y seguramente te he dado muchos quebraderos de cabeza. Ben era la única persona a la que podía pedir ayuda, Julia. Lo nuestro se había terminado meses atrás, pero él es un hombre tan bueno, tan decente...

Y ella, pensaba Julia, aunque débil, era una buena mujer y se merecía algo mejor de lo que tenía en la vida.

—¿Cómo te gusta el té, Marian? ¿Con limón?

—Sí —contestó ella, observando la preciosa taza de porcelana—. Qué bonita. Yo nunca he podido tener cosas de estas en mi casa. Siempre... se rompen.

Julia entendió perfectamente lo que quería decir.

—Eso te lo ha hecho Wayne, ¿verdad? —preguntó, señalando el moretón.

—Ya te he dicho que me lo hice con una puerta —contestó la mujer, apartando la mirada.

—Una mujer que se ha dado un golpe con una puerta no tiene esa expresión de pánico —replicó Julia—. ¿Te pega a menudo?

Por un momento, la mirada de Marian le pareció la de un ciervo asustado.

—No. A menudo, no —contestó por fin, echándose a llorar—. Y cuando lo hace es por culpa mía. Yo le provoqué.

¿Sería el embarazo lo que hacía que Julia no pudiera tragar saliva?

—¿Y Michael también lo provocaba? ¿Por eso tenía un moretón en el brazo?

—¡Wayne nunca golpeó al niño! —exclamó Marian—. Es que lloraba mucho y Wayne se ponía nervioso. A veces lo sujetaba con demasiada fuerza y...

Julia se levantó de la silla, intentando disimular su angustia. Necesitaba abrazar a Michael y besarlo, decirle que nadie volvería a hacerle daño.

—Me parece que estoy oyendo al niño —dijo, cuando pudo controlar su voz.

Marian estaba en la puerta del jardín, acariciando a Clifford, pero cuando oyó los pasos de Julia se incorporó como un rayo.

—Aquí está —dijo Julia, intentando no mostrar cuánto la aterraba que aquella mujer, la madre de Michael, lo tomara en brazos.

—¡Está precioso!

—Sí, es verdad.

—Tiene los ojos azules de su padre y el pelo oscuro como tú.

—Sí.

Había algo irreal en aquella conversación. ¿Por qué Marian se refería a ella como si fuera la verdadera madre de Michael?

—¿Puedo... tomarlo en brazos? —preguntó la mujer. Instintivamente, Julia apretó al niño contra su pecho—. Solo un minuto, por favor. No voy a hacerle daño.

Marian era una mujer decente, se decía. Una mujer que estaba intentando enmendar sus errores. Y si les había entregado al niño, como Ben le había dicho, era solo porque quería lo mejor para él.

—Toma —dijo, poniendo al niño en sus brazos—. Si quieres, podemos sentarnos en el jardín para que le des el biberón.

—¿Me dejarías hacerlo? —preguntó Marian, perpleja, como si amabilidad fuera lo último que esperaba de ella.

¿Y debería hacerlo?, se preguntaba Julia. ¿Estaba siendo magnánima o una inconsciente?

Mientras calentaba el biberón, la observaba con el niño en brazos en el jardín.

¿Y si, aprovechando que ella estaba de espaldas, salía corriendo con el niño? ¿Y si, al tenerlo en sus brazos, el vínculo entre madre e hijo se hacía tan fuerte que se negaba a devolvérselo?

Julia no había pensado mucho en su embarazo, pero sabía que nada ni nadie la haría abandonar a su hijo. ¿Por qué iba a ser Marian diferente?

Asustada, tomó el biberón y corrió hacia el jardín.

Entonces descubrió que había un guardián observándolo todo.

Clifford, tumbado frente a Marian, observaba cada uno de sus movimientos.

Julia suspiró, aliviada. ¿Cómo podía haberse olvidado de Clifford, su fiel perro guardián? Si Marian hubiese querido llevarse a Michael, el perrillo se lo habría impedido.

Pero Marian estaba demasiado ocupada mirando al niño como para preocuparse de otra cosa. Durante los siguientes minutos, el único sonido era el de las hojas de los árboles y los gemidos impacientes del niño tomando el biberón.

—Te quiere mucho —dijo Marian cuando el niño terminó de comer—. No deja de mirarte. Desde luego, sabe quién es su madre.

—Creo que eso es lo más bonito que me han dicho nunca, Marian, pero que me lo digas tú... —empezó a decir Julia, emocionada.

Afortunadamente, Michael liberó la tensión de aquel momento soltando un eructo. Marian lo sentó sobre su regazo, riendo, y el niño buscó a Julia con los ojos, sonriendo con su boquita desdentada.

—Bueno, tengo que irme. Me he dado cuenta de que hice bien. El niño está en buenas manos.

Una hora antes, Julia hubiera agradecido que se marchase cuanto antes, pero se había dado cuenta de que Marian no era un peligro para ella.

—No tienes que irte tan pronto —dijo, colocando una mantita sobre el césped y tumbando allí a Michael, que pataleaba encantado—. Somos mujeres, Marian, y podemos hablar de ciertas cosas. Me gustaría ayudarte a encontrar el camino para... para cambiar tu vida.

—Mi vida no es mala —dijo la mujer, con los ojos nublados.

—¿Cómo es eso posible? Tu marido te maltrata.

—Es mi marido. Y lo quiero.

—Es un monstruo —insistió Julia—. No solo te pega a ti, también habría pegado al niño si hubiera seguido con él más tiempo. ¿Cómo puedes querer a un hombre así? Déjalo, Marian. Déjalo antes de que sea demasiado tarde.

—No puedo —murmuró Marian—. Lo necesito. Y no es tan malo como crees. Me perdonó después de que tuviera una aventura con Ben. No puedo dejarlo solo porque haya perdido la paciencia.

Julia apretó los dientes.

—Aún no es demasiado tarde para empezar otra vez. Eres joven, guapa, encontrarás otra persona. Por favor, Marian, no quiero decirle a Michael que no puedes venir a visitarlo porque tu marido te ha pegado una paliza y estás en el hospital.

—No voy a venir a verlo nunca más. Ya no es mi hijo.

—Vivirá con nosotros, pero tú sigues siendo su madre natural. Al principio, me costaba mucho aceptar eso, pero sé que es verdad —insistió Julia—. Estoy embarazada y aunque aún no se nota, sé que nada puede apartar a una madre de su hijo. Así que, si no quieres cambiar por ti misma, hazlo por Michael. No dejes que crezca pensando que lo has abandonado por un hombre como Wayne.

—Lo pensaré —susurró. Pero Julia sabía que no sería así. Wayne Dawes había hecho un buen trabajo convenciéndola de que las palizas las provocaba ella misma—. Ahora tengo que irme. Wayne me está esperando en el hotel y se enfadará si llego tarde. Nos veremos el lunes para firmar los papeles.

—Muy bien —dijo Julia. Después hizo algo que nunca habría podido imaginar. Abrazó a Marian Dawes—. Pero si alguna vez necesitas ayuda...

Durante unos segundos, Marian se abrazó a ella como si fuera una niña perdida.

—Todo irá bien. Wayne y yo nos peleamos, pero después hacemos las paces —dijo la mujer después, apartándose—. Cuídate, chiquitín. No sabes la suerte que tienes.

A punto de llorar, Julia la tomó del brazo.

—Te acompañaré al coche.

Con los puños apretados, Ben permaneció escondido en la cocina hasta que las vio desaparecer y después fue a buscar a Michael, que seguía tumbado sobre la mantita.

Pensar que había vuelto a su casa un día antes para sorprender a su mujer. ¡Y, desde luego, lo había hecho! Su preciosa y manipuladora mujer estaba saboteando sus esfuerzos para conseguir la custodia de su hijo.

Ben no había escuchado toda la conversación, pero sí lo suficiente para entender que Julia no quería que Marian abandonase a su hijo.

Menuda madre era, dejando al niño tumbado sobre una manta, al lado de un perro que estaba prácticamente encima de él.

—Quita de ahí —le gritó al animal, tomando a Michael en brazos.

Acababa de entrar en la cocina cuando Julia volvió al jardín y, al no ver a Michael en la mantita, se puso a gritar.

—¿Pasa algo, cariño? —preguntó Ben entonces.

Cuando Julia se volvió, Ben casi sintió lástima de ella. Se había quedado blanca como la cera, tenía los ojos desorbitados y respiraba con dificultad.

Cuando vio que Ben tenía al niño en los brazos, su alivio fue tan aparente que creyó que iba a desmayarse.

Pero se recuperó y poniéndose la mano sobre el corazón, o el lugar donde debía estar su corazón, se dejó caer sobre una silla.

—¡Qué susto me has dado, Ben!

—No sabes cómo lo siento, cariño. Si hubiera sabido que iba a asustarte tanto, me habría quedado un par de días más.

En ese momento, Julia se dio cuenta de que ocurría algo. Su actitud y sus palabras penetraron por fin la niebla de pánico que la había poseído durante unos segundos.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me miras así?

—¿Cómo quieres que te mire?

—Como si te alegraras de ver a tu mujer, no como si fuera una extraña —contestó ella, levantándose.

—Es que eso es lo que estoy viendo, Julia. No te conozco.

—¡Ben! ¿Qué estás diciendo? Soy tu mujer y te adoro.

—Ya —dijo él, entrando en la casa—. Y supongo que eso justifica que me claves un cuchillo en la espalda.

—¡Yo no he hecho tal cosa! —exclamó ella, con vehemencia.

Que siguiera negándolo lo enfureció.

—¡Por favor, deja de actuar, Julia! Te he visto hablando con Marian. Sé lo que estás tramando.

—Entonces, explícamelo. ¿Qué crees que estoy tramando?

—No soy idiota, Julia. Aunque estoy pensando que tú si lo eres. Dejar a un niño solo con un perro como ese...

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha asustado Clifford? —preguntó, acercándose al niño.

—¡Si no le ha asustado, no ha sido gracias a ti! —exclamó él, airado—. Tú no puedes cuidar de él mejor que lo haría Marian.

—¿Por qué dices eso? ¡Es injusto para mí y para Marian!

—Ah, vaya. ¿Y desde cuándo sois tan amigas?

—No sé por qué lo preguntas si parece que tienes todas las respuestas —contestó ella, mirándolo con el desprecio con que Stephanie solía mirar a su marido—. Y ahora, por favor, deja de sujetar a Michael como si yo fuera a secuestrarlo. Tengo que subir a cambiarlo.

—Es mi hijo. Yo lo haré.

—Creí que también era mi hijo.

—Todos cometemos errores, Julia.

—Muy bien —se encogió ella de hombros—. Lleva a Michael a su habitación. Y después, tendremos que sentarnos para hablar como dos personas racionales.

—Mira, Julia, las amabilidades se han terminado. Cuando me enfrento a alguien que no juega limpio, le respondo de la misma forma. ¡Y tú no has jugado limpio conmigo!

Cuando Ben volvió a bajar después de cambiar al niño, la encontró sentada en el jardín, mirando el mar con una expresión helada. El perro estaba tumbado a sus pies.

—¿Cómo está Michael? —preguntó, sin dignarse a mirarlo.

—Bien, considerando lo que habría podido ocurrir.

—¿Qué dices? Ha estado solo dos minutos.

—En dos minutos puede ocurrir un accidente, Julia. No entiendo cómo se te ha ocurrido dejar un niño tan pequeño con un perro como Clifford.

—Si estás sugiriendo que no sé cuidar de...

—Eso exactamente es lo que estoy sugiriendo. Creí que podía confiarte a mi hijo, pero veo que me he equivocado. Y eso es solo parte de lo que tengo que decirte. ¿Cómo has podido animar a Marian a que deje a Wayne y recupere a Michael? Creí que estabas de mi lado.

—Pero... ¿de dónde has sacado esa idea? —preguntó ella, pálida.

—Escuchando vuestra conversación. Nunca imaginé que pudieras traicionarme, Julia.

—¡Pero esto es una locura! No entiendo por qué piensas que he querido traicionarte.

—¿Ah, no? «Tú eres su madre natural...» «Nada puede apartar a una madre de su hijo» «No dejes que crezca pensando que lo has abandonado por un hombre como Wayne» —recitó Ben—. ¿Te suena o vas a negar que le has dicho esas cosas a Marian?

—No —contestó ella, desafiante—. He dicho eso y más, pero parece que no te interesaba toda la conversación. Te has perdido, por ejemplo, cuando le he dicho que estoy embarazada.

Ben se levantó de un salto.

—Ahora lo entiendo todo. Esto es lo que habías querido desde el principio, ¿no? Y ahora quieres librarte de Michael porque ya no lo necesitas.

Julia se levantó también y lo miró a los ojos, retadora.

—¡Escúchame, idiota arrogante! No estaba intentando convencer a Marian para que reclamara a su hijo, estaba convenciéndola de que dejara a ese bruto de marido que tiene antes de que la mate. Estaba repitiendo lo que tú has dicho un millón de veces y, por primera vez, creía de verdad en lo que estaba diciendo.

—A ti te da igual Marian. Lo único que quieres es librarte de su hijo para hacerle sitio al tuyo.

—También es tuyo, Ben. ¿O vas a sugerir que tú no eres el padre? —preguntó ella, con expresión de asco—. Una vez dijiste que Marian era una víctima y tenías razón. Solo vino para ver por última vez a su hijo porque creía que después de firmar los papeles de custodia, no volvería a verlo. Pero yo le dije que no tenía que preocuparse porque ella era la madre natural de Michael y podría verlo cuando quisiera. Y si tú lamentas que esté embarazada, yo no. Porque... —siguió Julia, intentando que su voz no se rompiera— hay una nueva vida dentro de mí y solo ahora me he dado cuenta del precioso regalo que es un hijo y no le negaría a nadie el derecho a tener contacto con él.

Con aquellas palabras, Julia le había hecho sentir tan sensible como un elefante en una cacharrería.

—Oh, Julia...

—¡Cállate! No he terminado. Le sugerí a Marian que dejase a su marido porque es una bestia y tú acabas de demostrarme que no eres muy diferente.

Ben se dejó caer sobre la silla y enterró la cara entre las manos.

—Lo siento. No sé qué decir. Mi única excusa es que lo que escuché me dejó aterrorizado y... no sabía lo que decía.

Julia no respondió. En lugar de hacerlo, entró en la casa y empezó a llenar el lavavajillas.

—No es culpa tuya —dijo por fin—. Quizá tengas algo de razón sobre lo del perro, aunque el pobre Clifford lo único que haría sería defenderlo. Pero eso solo es un síntoma del auténtico problema. El auténtico problema es que sigues buscando traiciones donde no las hay. Y me parece que tengo que pensar muy seriamente si quiero seguir pasando por esto.

Capítulo 11

JULIA TOMÓ su bolso y sacó las llaves del coche.

—¿Y así es como piensas solucionarlo, Julia? ¿Marchándote de nuevo? —preguntó él, intentando disimular su miedo. Aquella vez, verdaderamente le había dado razones para no volver—. Y deja que te diga una cosa. Ahora que llevas dentro a mi hijo, esa ya no es una opción. ¡Te quedarás aquí conmigo y no hay más que hablar!

Julia lo miró como si fuera un gusano.

—Seguramente así es como Wayne Dawes le habla a su mujer. La diferencia es que ella lo tolera y yo no.

¿El igual que Wayne Dawes? Ben estaba perplejo y dolido.

—Por favor, Julia, ¿no lo dirás en serio?

Julia se mordió los labios.

—Supongo que no. Pero tus sospechas me están cansando. Entrás en la casa sin que nadie te oiga, escuchas la mitad de una conversación y piensas que estoy conspirando contra ti. Ahora te digo que quiero estar sola y asumes que voy a dejarte para siempre.

—No sería la primera vez que desapareces sin decir nada.

—Pero siempre he vuelto. Y la razón para marcharme es la misma que me ha guiado a tomar todas las decisiones que conciernen a este matrimonio. Está claro que no es suficiente que te diga que te quiero, Ben.

Después de eso, Julia salió de la casa. Su primer instinto fue seguirla, pero no podía dejar a Michael solo. Avergonzado, repasaba su actitud durante aquellas semanas.

Le había pedido más de lo que un marido podía pedir a la mujer con la que acababa de casarse. Había destrozado sus sueños de joven recién casada, mezclando su vida con el resultado de una aventura pasajera.

Le había dado un ultimátum tras otro y Julia había cedido todo el tiempo.

Y, para rematarlo, ni siquiera le había prestado atención a su embarazo, algo que sabía ella deseaba más que nada en el mundo.

Deberían darle una paliza. Qué demonios, lo que necesitaba era una

lobotomía.

Michael había comido y estaba bañado cuando Julia volvió por la noche.

Ben estaba en el despacho, como había estado la primera vez que ella había desaparecido y aunque el pasillo estaba en sombras, se dio cuenta de que había llorado.

Si había palabras para consolarla, Ben no las conocía. No había nada que pudiera hacer para borrar el dolor que le había causado.

De modo que hizo lo que le pedía el corazón, rezando para que fuera suficiente. Se acercó a ella y la tomó entre sus brazos.

Ella no se apartó, pero tampoco le había dado nunca razones para pensar que pudiera hacerlo. Julia lo amaba desde el primer día, pero él era un idiota y no se había dado cuenta de que su mujer era tan hermosa por fuera como por dentro.

Ben esperaba que ella le dijera que todo había terminado. Lo esperaba como solía hacerlo durante su infancia y, de repente, para su horror, se puso a llorar.

Un llanto masculino, seco, desgarrador. Un hombre de un metro noventa llorando como un niño...

Su mujer lo abrazó sin decir nada.

—Gracias —dijo Ben cuando pudo encontrar su voz—. Gracias por no abandonarme.

Julia seguía sin decir nada, solo apretaba la cara sobre su pecho.

Un segundo después, subían a su habitación. Él no había cenado y estaba seguro de que ella tampoco, pero no era comida lo que necesitaban, sino el uno al otro.

La brisa del mar entraba por la ventana y Ben la tumbó con él sobre la cama. Primero la besó en la boca con desesperación, después en el cuello, en los brazos...

Cuando por fin estuvo dentro de ella, Julia lo recibió abrazándolo con la generosidad que la caracterizaba.

Aquella noche llegaron al clímax despacio, una dulce agonía que Ben deseaba no terminara nunca. Nunca había sido de esa forma tan reverente. Y tan triste.

—¿Has comido algo? —preguntó entonces.

—No —contestó Julia, sin abrir los ojos.

—Cariño, estás embarazada. Tienes que cuidar de ti y de nuestro hijo.

—Lo sé —murmuró ella, intentando levantarse—. Voy a ver cómo está Michael.

—No —dijo él, sujetándola—. Iré yo. Y después te prepararé algo de comer.

Hizo sándwiches y chocolate caliente y después fue a buscar a Clifford, pero el perro había desaparecido.

No estaba en el jardín y la verja que daba a la playa estaba abierta.

Ben hizo un gesto de desesperación. Aquello era lo último que necesitaba. Frustrado y deprimido, subió a darle la noticia a Julia.

—Cariño, no quiero asustarte, pero Clifford ha desaparecido, así que voy a...

—No se ha perdido. Lo he llevado a la perrera —lo interrumpió ella.

—¿Qué?

—Lo he llevado de vuelta a la perrera.

—¡Pero si te encantaba ese chucho!

—Sí, pero podría hacerle daño a Michael.

—Julia, ese perro nunca le haría daño al niño y yo lo sé perfectamente —confesó entonces Ben, sintiéndose peor que un gusano.

—No quiero seguir hablando de eso —murmuró Julia, agotada—. En la perrera me han prometido que encontrarían un hogar para él.

Julia durmió hasta tarde, algo sorprendente considerando que había un niño en la casa.

Cuando se despertó, encontró sobre la mesilla un termo con té y una platito de galletas con una nota:

Buenos días, cariño. No sé si tienes náuseas, pero he oído que el té y las galletas ayudan mucho. Michael y yo hemos ido a dar un paseo por la playa, pero volveremos para llevarte a comer fuera.

En realidad, Julia se sentía enferma.

Enferma y más triste de lo que lo había estado nunca, pero no tenía

nada que ver con estar embarazada. Había intentado disimular por la noche, pero dejar a Clifford...

Quería a aquel perrillo. Le encantaba ver al fiel animal convertido en el guardián de Michael. Había tenido tantas esperanzas de verlos jugar juntos cuando el niño fuera mayor, en el jardín, en la playa... un deseo que había tenido cuando era pequeña y que nunca había podido realizar.

Había sido una estupidez por su parte enamorarse de un animal en menos de un mes, pero Julia no podía dejar de recordar la mirada de Clifford cuando lo había dejado en la perrera por la noche. Como si supiera que iba a abandonarlo.

Julia cerró los ojos para no llorar. En lugar de estar apenada, debería estar dando gracias. Ben y ella habían tenido que atravesar más situaciones difíciles en un mes que cualquier otra pareja en toda su vida, pero su amor se había visto reforzado.

Se tenían el uno al otro, tenían a Michael y otro niño en camino. Algunos dirían que perder un perro no era algo que mereciera sus lágrimas, pero las lágrimas rodaron por sus mejillas de todas formas.

En ese momento, escuchó la puerta de la calle y los pasos de Ben por la escalera.

—Hola, mamá, ¿estás despierta? —sonrió su marido, entrando en la habitación con Michael en brazos.

—Sí —intentó sonreír Julia.

—Estupendo porque aquí hay alguien que está deseando verte.

—Dámelo. Quiero darle un beso —dijo ella, abriendo los brazos—. Ven aquí, mi niño.

Entonces, Ben abrió la puerta y Clifford saltó sobre su cama ladrando alegremente.

—¡Oh, Ben! —exclamó ella, riendo y llorando a la vez.

—Tenía que hacerlo —dijo Ben, sentándose a su lado—. Desde que nos casamos, he estado pidiendo y pidiendo, pero no he dado nada a cambio. Ya era hora de que hiciera algo para probar que te quiero.

—A mí se me ocurre alguna otra forma, si insistes en ser noble —sonrió ella, feliz.

—A mí también. Pero tendremos que esperar un poco porque Michael es demasiado pequeño para ser introducido en el arte de la seducción y no

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

pienso compartir tus favores con un perro, aunque sea de la familia.

—¿Sabes cuánto te quiero, Ben Carreras?

—Estoy empezando a saberlo, mi amor —contestó él, besándola en los labios—. ¿Y tú sabes lo orgulloso que estoy de ser tu marido y lo contento de que seas la madre de mis hijos?

Fin.